

Pero nunca insisteremos bastante: *las enseñanzas o el Evangelio de san Pablo es el mismo que el de los demás Apóstoles*. La fe que predica hoy es la misma que quería, no hace mucho, destruir,¹ y los Gálatas se glorían de esta fe (Gal. I, 23-24). Pedro, Juan y Santiago la reconocen como idéntica a la suya (Gal. II, 9), y esta fe le merece ser admitido por Bernabé a su predicación en Antioquía y a su misión apostólica en Chipre, en Pisidia y en otros lugares (Act. XI, 25-26, XIII-XIV). No existen, pues, dos Evangelios, aun cuando haya muchas maneras de predicarlo (Gal. II, 8), no se dan dos mensajes de salvación. El Evangelio verdadero, el único, el de Jesús, Pablo lo anuncia, concordando con todos los Apóstoles (I Cor. XV, 11). Anatematiza sobre todos los que prediquen otro.

IV. La escuela comparatista edifica su tesis sobre extrañas confusiones.

*Jamás la piedad griega u oriental ha tomado por tema un dios doliente, que muere y que luego resuscita.*² Dionisio ha sido muerto por los Titanes que le han despedazado y devorado, sin tocar el corazón que Zeus engulló, a continuación de lo cual un segundo Dionisio viene a nacer, quien participa del trono de Zeus su padre.³ Un jabalí mata a ADONIS, el hermoso

1. "Pablo debía estar informado en un cierto grado (del conocimiento material de los hechos) antes de su conversión, y ha debido completar sus instrucciones en particular en ocasión de la visita a Cefas, de que hablan los Hechos y la Epístola a los Gálatas. Lo que debe a Cristo, es la lumbrería interior que le ha hecho ver la verdad de estos hechos, es la inteligencia de su razón de ser en el plan de Dios y muy especialmente de su concierto con las Escrituras, es decir, todo lo que tiene de formal, todo aquello por lo que constituyen el evangelio, la buena nueva." Lemonnyer.

2. Debería no olvidarse cuánto la idea de la Resurrección repugnaba a los Griegos: era para ellos una palabra sin sentido (Act. XVII, 32).

3. "En el ritual primitivo, es decir, agrario, ellos (los servidores del joven dios) eran sin duda hombres impregnados de un fluido mágico y poderoso, encargados de mantener, de excitar, durante los meses de invierno, el vigor amortiguado del dios de la vegetación. Mas una fuerza a la que se conserva, a la que se la excita, no es una fuerza aniquilada. Y he aquí por qué en Atica y en Jonia las grandes solemnidades dionisiacas se celebraban, no en la primavera, sino en pleno

joven a quien ama Afrodita. Toda la Grecia y el Oriente le lloran; de resurrección ni se platicará sino en el siglo segundo de nuestra era, y aun en un texto interpolado. Hasta el siglo cuarto no vemos a ATIS, el dios frigio, resucitar... bajo la pluma de un autor cristiano: "Regocijaos, oh mistos, el dios está salvado y, para vosotros también, de vuestras pruebas saldrá la salud" (Firminus Maternus).¹ HERACLES, el glotón, volvió a la vida respirando el olor de las codornices que le presentó Islaos, pero murió sobre una pira y fué recibido entre los dioses. Y ¿es eso, ese simple cambio de naturaleza, ese tema, clásico en el paganismo, del hombre transformado en dios (Atis), o poco menos (Heracles y Adonis); eso es lo que se opone a la Encarnación del Hijo de Dios resucitado después de su vida mortal? Los Egipcios nos reservan una más sorprendente historia. OSIRIS, muerto por su padre Tifón, había sido despedazado. Su mujer Isis reúne todos los trozos, pero uno de ellos se escapa a sus investigaciones, el principal, el indispensable emblema de la vida y de la resurrección. Finalmente, lo descubre. La resurrección de Osiris viene a ser posible, y tiene lugar en el otro mundo. "Es muy verdadero, observa a este propósito el P. Lagrange, que Osiris es el tipo de la resurrección de los muertos, y es, creo yo, del Egipto, de donde esta idea se comunicó al paganismo. Mas los judíos del tiempo de Jesús creían en la resurrección de Jesús; ¿qué podía añadir más el mito de Osiris?"²

* * *

Estos argumentos prueban, a nuestro inicio, contra los seguidores del sistema liberal y contra los moderados

de las aguas de un lago sin fondo, hasta las puertas del Hades. Y de allí vuelve a la luz... Semelé, principio de la fecundidad del suelo." Mainage, art. cit.

1. La muerte es ajena al rito propio de Atis y aun al mito primitivo. Los documentos antiguos representan sobre todo al dios como privado violentamente de su virilidad. Cfr. Lagrange, art. citado. No hemos de hablar de Mitra quien dejó, aún en vida, la tierra con un carro de llamas conducido por el Sol.

2. *Le sens du Christianisme*, p. 291.

de la escuela comparatista, que ni Pablo, ni ningún otro ser humano, ni mucho menos aún yo no sé qué fuerzas vagas y anónimas—La «Gesamtpsyché»—han podido crear ni mejorar substancialmente la fe en la divinidad de Cristo ¹ que la hemos hallado por doquiera entre los fieles de la generación apostólica. Las hipótesis laboriosas y sectarias de los incrédulos llegan, por otra parte, demasiado tarde para explicarla. Esta fe, esta doctrina, se fundamentan, desde el principio de la Iglesia, en el testimonio histórico que Jesús se rindió a sí mismo como Hijo de Dios y Dios Salvador.

1. Aun cuando no vayamos a disertar aquí acerca del parecido que se pretende descubrir entre ciertos ritos paganos y los sacramentos esenciales del cristianismo, el lector nos aceptará benévolo, sin duda, algunas noticias sobre ese tema.

BAUTISMO. Aun cuando hasta las lustraciones antiguas hubieran sido no solamente purificaciones rituales sino una verdadera iniciación en un misterio, una manera de unirse a un dios (Cfr. Lagrange, *Le sens du christianisme*, pp. 284-286); dado caso de que hasta la célebre inscripción mitriaca “in aeternum renatus” datara de antes de Juliano el Apóstata, no acusaría influencia cristiana alguna, y no podría significar que el que la dedicaba no tenía más necesidad de ser taurobolado: quedaría siempre en pie que S. Pablo no es el inventor del bautismo cristiano, que no le ha podido, pues, tomar de las liturgias paganas. De otra suerte, ¿se alabaría de no bautizar sino poco? (I Cor. XIII, 17.) Y luego tenemos, que los Apóstoles bautizaban en Jerusalén desde la fundación de la Iglesia (Act. II, 37-41); confirmaban también (ibid. VIII, 12-18, 1-6).

EUCARISTÍA. ¿El pan y el vino eran ritualmente servidos a los mistos de Atis? El P. Lagrange (art. cit.) cree más bien que éstos comían hierbas y bebían leche. En Eleusis, se empleaba una bebida compuesta de agua con harina y poleo, especie de menta salvaje, mas tomábase de la caja, y después de haberse uno servido, se depositaba en el cesto, luego del cesto en la caja o armario, tratándose de cualquiera otra cosa menos de pan bendito. Si los fieles de Dionisio se alimentaban con la carne cruda de un toro al que habían despedazado previamente y que, divinizado con los preparativos del sacrificio, representaba al dios mismo; si querían de ese modo absorber en sí fuerzas divinas, el elemento espiritual faltaba allí, la fe no presidía, como entre nosotros, la manducación de un alimento invisible (Juan, VI, 63): “spiritus est qui vivificat, caro non prodest quidquam”. Del mismo modo que todos los demás ritos, del mismo modo que los lavatorios y los sacrificios, la recepción de los alimentos sagrados constituía por otra parte un sencillo preliminar para la unión con los dioses, la que, en los misterios griegos, por extraño que ello nos parezca, se hacía mediante espectáculos (sobre todo con la Θέα). Y hemos ahí a mil leguas, bien lejos, por cierto, de los sacramentos cristianos.

No, la Eucaristía no proviene de misterios pagano-helénicos; la *Eucaristía viene del Señor*, S. Pablo lo dice expresamente (I Cor. XI, 23): ἐγὼ γὰρ παρέλαβον ἀπὸ τοῦ κυρίου ὃ καὶ παρέωχα ὑμῖν. Su fuente no es una revelación, una de esas apocalipsis caras a Couchoud, sino una tradición histórica remontándose a Jesús mismo. Esto resulta del sentido usual, en el N. T., de la preposición ἀπὸ, la cual, por

CAPITULO SEGUNDO

La Afirmación de Jesús

La creencia de la Iglesia en la divinidad de Cristo se fundamenta en la afirmación de Jesús.

Mas porque nuestros adversarios no dan igual importancia a los diferentes documentos que refieren esta afirmación persistente y graduada, vamos a estudiarla aparte en los Logia, en la biografía de san Marcos y en las pretendidas fuentes especiales.

Si Jesús no ha sido sino Mesías, si no ha sido más que aquél que debía llevar a cabo el sueño nacionalista de los judíos, ¿cómo este sueño ha podido cautivar a tantos extranjeros?

Si la teología liberal se dignara leer los Sinópticos en su tenor actual, estarían convencidos de que Cristo hablaba y obraba corrientemente como si fuera Dios. Pero no, las creencias de los redactores han más o menos descolorido su evangelio, se nos dice; y para conocer la historia y la enseñanza auténticas del Maestro, es menester que nos remontemos hasta las fuentes en donde los escritores bebieron la verdad de lo que narran: los Logia, una colección de sentencias reunidas desde los principios, y cierta relación biográfica compuesta por san Marcos.¹ Lucas y el Mateo griego han, además, utilizado cada uno una fuente particular.—Aun cuando un católico no pueda adoptar la *Zwei-Quellen-Hypothese*,² que a nuestro juicio está, por otra

oposición con *παρά* indica un origen mediato (cfr. Marc. VIII, 11). Además de ello, esta interpretación tiene en cuenta el alcance preciso de la palabra *καί*; Pablo ha transmitido lo que ha recibido: en los dos casos, se trata de una tradición. Si el lector desea conocer las argucias que la critica independiente opone a estas razones plausibles y cómo se las refuta, lea el librito de M. el canónigo Van Crombrughe: "L'Evangile primitif de l'Eucharistie". (Peeters, Louvain.)

¹ Cfr. *Ons Geloof*, abril 1921. Dr. C. Van Crombrughe. *De Godheid van Jesus vóór de kritiek*.

² Decreto de la Comisión Bíblica, 26 junio 1912.

parte, mal establecida, nuestra demostración debe seguir al adversario, para mejor alcanzarle, en su propio terreno. Examinemos, pues, los Logia, la "primera biografía de Jesús", y los pretendidos documentos especiales.

I

LOS LOGIA

Los Logia nos aportan dos documentos magistrales: el título "Hijo de Dios" y el célebre logion joánico.

EL TÍTULO "HIJO DE DIOS"

Es cosa sabida que "el término de filiación se emplea en las lenguas semíticas *para indicar cualquier relación estrecha, física o moral*, de origen, de dependencia, o de afección, análoga a la relación que existe entre un hijo y su padre. Así es que desde el punto de vista físico, se llama a la flecha hija del arco, o hija de la aljaba; la chispa, hija de la llama; el átomo, hijo del aire. Aquel que ha recibido una unción, se llama hijo del óleo; aquel que merece la muerte o está amenazado de ella, es llamado hijo de muerte. Desde el punto de vista moral, los discípulos de los profetas son llamados hijos de los profetas; los hombres abandonados al mal, o bajo la dependencia del demonio, hijos de Belial". Nada tiene de extraño, pues, que el Antiguo Testamento aplique el título de Hijos de Dios a los ángeles (Gen. VI, 1-4, Job 1, 6 y 11), cuya eminente naturaleza se halla emparentada con la de Dios, así como con la de los justos (Eccli. IV, 11, Sab. II, 13, Ps. LXXIII, 15), ya que sirven a Dios como a un Padre. Lógicamente, las relaciones privilegiadas que unen a Jahvé con su pueblo valen a los Israelitas (Deut. XIV, 1-2, Ex. VI, 22) y, de rechazo, al rey teocrático (I Sam. VII, 14,

Ps. II, LXXXII, 26-28), la misma denominación halagüeña.

Mas los judíos ¿la han atribuído alguna vez al hombre que participase de una manera de todo especial del Espíritu de Dios, o sobre el Mesías esperado?¹ No ha faltado quien lo ha dicho, y nadie quizás lo ha demostrado pasablemente. ¿A qué viene el invocar aquí el libro IV de Esdras? Posterior a nuestra era, encierra hartas interpolaciones cristianas. Para quien no admite el sentido mesiánico del salmo II, el célebre versículo 7.º no le suministra, tampoco, un argumento perentorio. Entre los dos términos: Cristo e Hijo de Dios, san Pablo no establece identidad, ni hasta conexión. San Marcos lo distingue igualmente.² No hay, por lo demás, un solo falso Mesías que haya reivindicado este último título.

En la pluma de los Sinópticos ¿DESÍGNASE TAL VEZ AL MESÍAS QUE HA VENIDO ENTRE LOS HOMBRES? Los demonios (Matth. IV, 3-6, VIII, 29. IV, 11, Luc. IV, 3-9, VIII, 28, Marc. III, 12, V, 17), los judíos (Matth. XXVII, 40-44), el centurión (Marc. XV, 36), los apóstoles (XIV, 33, XVI, 16), el ángel Gabriel (Luc., I, 32-35), el Padre celestial (Matth. III, 17, XVII, 5, Marc. II, IX, 7, Luc. III, 22, IX, 35) han utilizado este calificativo en diversas ocasiones. Pero no sabemos casi, salvo en Cesarea y delante de Caifás, qué impresión

1. La cuestión está en saber si los Judíos contemporáneos de S. Pablo, oyendo nombrar el Hijo de Dios, podían y debían comprender sin otra explicación que se trataba del Mesías prometido. En realidad, todos los indicios son contrarios. Orígenes, que sabía bien lo que se decía, se burla bien de Celso por haber hecho decir a su Judío que el Hijo de Dios vendría a Jerusalén. "Jamás, replica Orígenes, Judío auténtico habló de esa manera. Los verdaderos judíos, por el contrario, nos preguntan lo que queremos decir, cuando nos oyen mencionar al Hijo de Dios." *Contra Celsum*, I, 49. Cfr. Prat, *La Théologie de Saint Paul*, t. II, pp. 207-210.—"No parece que "Hijo de Dios" haya sido, por lo menos en el estado de apelación corriente, uno de los nombres del Mesías usados entre los Judíos. Sin embargo, más de un pasaje del Antiguo Testamento (Ps. II, 7) y de los libros posteriores de la literatura judía (II, Esdr. VII, 28-29, XIII, 32, 37, 52, Enoch. CV, 2, cfr. LXII, 14), han debido prepararle los caminos, si no han llegado ya hasta introducirle en la lengua de ciertos sectores." Durand, *Ev. selon S. Matthieu*, p. 274.

2. Lagrange, *Commentaire*, p. CXXXIII s. s.

experimentaba el Maestro, ni, mucho menos aún, con qué sentido preciso acogía este homenaje. Cimentándose en los trabajos de Wrede¹ y de Lagrange, los teólogos reconocen hoy en la apelación "Hijo de Dios" una significación transcendente o simplemente mesiánica, según que es empleada por Dios, por un ángel o por un hombre.²

Jesús mismo no ha querido apropiarse este título tal cual, solamente, existen algunos textos, a mayor abundamiento en los Sinópticos, en donde Jesús llama a Dios su Padre, su Padre celestial, su Padre que está en los cielos; y sus afirmaciones respiran un sentimiento filial, un sentimiento repleto de confianza y de abandono, de desinterés y de generosidad perfecta. Estos textos van a satisfacer nuestra curiosidad; prueban que Jesús es el propio Hijo de Dios.

I. Ante todo observémoslo bien: *Este hombre humilde, condescendiente, no sufre jamás que se pueda confundir su filiación con la de los demás, por gloriosos que ellos sean, aun de aquellos a quienes llama tiernamente sus amigos y sus hermanos* (Matth. XII, 50, XXV, 34, XXVIII, 10). Ved cómo pone una insistencia especial en decirse "el Hijo", en singular, en sentido absoluto, y no Hijo, a secas, como lo eran los beneficiados de la metáfora israelita (XI, 25, XXIV, 36, XXVIII, 19, XVI, 16, XXI, 37). Quiere distinguirse también de sus apóstoles: "Vuestro" Padre que está en los cielos dará lo que convenga a aquellos que le ruegan (Matth. VII, 11). "Vuestro" Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todo esto (VI, 32). No beberé más de este fruto de la viña hasta el día en que lo beberé de nuevo con "vosotros" en el reino de "mi" Padre (Matth. XXVI, 29). He aquí que hago descen-

1. *Das Messiasgheimnis in den Evangelien.*

2. "En cuanto a una filiación divina, cuyo efecto hubiera sido introducir al hombre en la vida misma de Dios, en el sentido propio y pleno del término, los Judíos la rechazaban como un sacrilegio, tanto chocaba con la idea que se habían formado de la unidad divina." Durand, *Ev. selon Saint Matthieu*, p. 275.

der sobre “vosotros” el prometido de “mi” Padre (Luc. XXIV, 49). Venid, los benditos de “mi” Padre, poseed el reino que “os” está preparado desde el comienzo del mundo (Matth. XXV, 34).—No, ni una sola vez se ve descender a Jesús del alto pedestal en que se aísla; porque la oración dominical, el “Padre nuestro” no hace sino ilustrar el mandato dado a los discípulos: rogaréis así (VI, 32, Luc. XI, 1-2); y nada autoriza para pensar que Cristo haya mezclado su voz con la de sus discípulos, para implorar el perdón de alguna falta suya, el que, durante toda su vida, no pudo ser acusado de pecado alguno.

Ahora bien, esto no es un fenómeno literario del que la ventura o los procedimientos del redactor, del traductor de los Logia, darían tal vez cuenta. En efecto: Los pasajes que se caracterizan de esa suerte son muy numerosos, y—echemos mano de un argumento que utilizan los protestantes liberales—proviene de fuentes muy dispares entre sí. Matth. V, 45, V, 48, VI, 14, VI, 1, VI, 15, VI, 26, VI, 32, VII, 11, VII, 2, VII, 27, XVIII, 14, pertenecen a los Logia, según Bousset y Heitmüller afirman; VI, 6, VI, 8, VII, 50, XV, 10, XVI, 17, XVIII, 10, XVIII, 35, XX, 23, XXV, 34, XXVI, 29, XXVI, 19, 42, 53, Marc. XI, 25, VIII, 38, XIII, 32, pueden serles ajenos, pero reproducen esos mismos textos iguales distinciones sugestivas; y léanse una y otra vez Luc. XXIV, 49 y Mateo XXVI, 29: esos diferentes pasajes, en donde el Maestro habla al mismo tiempo de sí y de los demás hombres, presentan oposiciones idénticas.

Este hecho deja entrever, pues, evidentemente en Jesús un designio doctrinal: el deseo de despertar, de llamar, de fijar la atención sobre su personalidad misteriosa; prepara, sin duda, una revelación explícita. Pero, ¿cuál es ésta?

II. *No es solamente a causa de la misión de que se halla investido, que Cristo levanta una tal barrera*

entre su persona y el resto de los humanos, sino también por razón de dignidad intrínseca.

1. Según los Logia, en efecto, Jesús se ha predicado a sí mismo, él forma el objeto del Evangelio. Aquél que oye sus palabras, y las pone en práctica, menester es compararle con un hombre sabio que edifica su casa sobre la piedra, la cual desafiará los vientos y aguaceiros tormentosos (Matth. VII, 24-27).¹

Los profetas y los justos alcanzan en él el fin de sus aspiraciones seculares (Matth. XIII, 16-17, Luc. X, 23-24). El mayor entre los hijos de los hombres le sirve de precursor; escuchadle cómo lo anuncia a las multitudes (Matth. XI, 10, Luc. VII, 27), con los propios términos que Malaquías (III, 1) aplica a Jahvé, declarando que su enviado le precede. Ahora bien, esta repetición parecería temeraria y blasfematoria si no debía amparar más que la función mesiánica.

2. Empero no. “¿Cómo los Escribas dicen que Cristo es hijo de David? cuestiona un día el Maestro, pues el mismo David ha dicho, inspirado por el Espíritu Santo: el Señor ha dicho a mi señor: siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos a tus pies. El mismo David le llama Señor, ¿cómo puede, pues, ser su Hijo?” (Matth. XXII, 41.)

Jesús no rechaza jamás el título “Hijo de David”; al contrario, recompensa algunas veces mediante un milagro a aquellos que se sirven de él para aclamarlo. (Matth. IX, 27, XII, 23, XV, 22, XX, 30-31, XXI, 9-15, Marc. X, 47-48, Luc. I, 32, XVIII, 38-39, etcétera); no quiere, pues, que nadie abrigue duda alguna acerca de la descendencia real que el Antiguo Testamento atribuye al Mesías.² ¿Qué fin se propone, sino

1. “En cuanto al pensamiento en sí mismo, traduce él claramente la idea que Jesús se forma acerca de su obra en el mundo. A sus ojos, la humanidad se divide en dos grupos: los sabios y los necios, según la actitud adoptada con respecto a su Evangelio.” Durand.

2. Así es como lo quieren los críticos, mas su tesis topa: 1.º con el hecho que revelamos en el texto, y 2.º con el sesgo de la argumentación de Cristo: éste no tiende a probar que el Mesías será totalmente otro de lo que piensan los escribas, sino que será mucho más. Nuestros adver-

el de abrir el espíritu de sus oyentes a la idea de que *su persona encierra verdaderamente una dualidad, dos elementos en alguna manera*, uno de ellos que le liga a David y el otro que le eleva por encima de él, muy cerca de Dios, en una esfera divina? "De leer sin prejuicio las declaraciones de Jesús, escribe M. Dalman, no es posible substraerse uno a esta conclusión, que el Mesías es en realidad el Hijo de un ser más excelso que David, a saber; el Hijo mismo de Dios".

3. Los demás son invitados a convertirse en hijos de Dios; por esto amarán a sus enemigos y le dirigirán sinceras oraciones (Matth. V, 44-46). Cristo no experimenta ninguna necesidad de realizar esfuerzos para ello, y no se advierte progreso en el sentimiento filial del que *goza* de una manera apacible y, según todas las apariencias, durante su vida entera. Porque si los profetas han sido enviados, él ha salido: ἐξῆλθον refiere san Marcos (I, 38), y esto corresponde a la fórmula joánica, que afirma que Jesús descendió del cielo en donde preexistía al lado del Padre.¹

4. Así vemos que su dignidad llega a ser objeto, *como la de la suprema majestad de Dios*, de veneración religiosa, universal y obligatoriamente para siempre: Aquél que me confiese en presencia de los hombres, dice, yo le confesaré en presencia de mi Padre, y aquél que me niegue, yo le negaré en presencia de

sarios están por otra parte reducidos 3.º a la contradicción. De prestar oídos a sus palabras, Mateo y Lucas creían ciertamente, con S. Pablo (Rom. I, 3), y Marcos muy probablemente, que Jesús descendía de David; se ven, pues, obligados, para sostener su sistema, a decir que los evangelistas no han comprendido lo que escribían, y, sin embargo, su solo argumento es ¡que ellos siguen el sentido natural de esos mismos evangelistas! Lagrange in o. c. En cuanto a la descendencia davidica de Jesús, véase Filion *Vie de N. S. J. C.*, t. I, pp. 284-296 y 516-519.

1. ¿Sugiere S. Juan que Cristo preexista como Hijo? Así se puede presumir, dice Sanday. Por lo que toca a los otros evangelistas, "si no nos dan directamente esta doctrina, nos conducen hasta su umbral". *Dict. of the Bible*, p. 576. Art. *Son of God*.

Los numerosos pasajes en que los Sinópticos emplean ἦλθον parecen revestirse del mismo significado. El P. Lagrange que se reserva por lo que atañe a Marc. I, 38, aun cuando la Vulgata, la Itálica, la Peschitta, el manuscrito del Sinay, la versión bohairica favorezcan nuestra interpretación, reconoce no obstante en Marc. II, 17, una probable alusión a la preexistencia de Jesús.

mi Padre" (Matth. X, 32-33, Luc. XII, 3-9). Ella le permite exigir de cada uno hasta los sacrificios más formidables, que no se consienten sino por Dios: "Aquél que ama a su Padre y a su madre, a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí" (Matth. X, 37, Luc. XIV, 26). En una palabra, "Jesús se impone a las conciencias. Habita como en su casa en el interior de los demás. Este último rasgo es, en definitiva, lo que da a la moral del Maestro su carácter irreductiblemente original. Cuando predica la vida santa, no se limita a declarar una doctrina que sabe por vía de ciencia o que ha aprendido por revelación: trata, puede decirse, un asunto que le es personal. Vivir bien, es seguirle".¹

Una vez más lo decimos, he ahí lo que rebasa manifiestamente al tema mesiánico; Harnak, Wendt y Weiss se complacen en confesarlo. La persona de Cristo constituye el objeto de aquellos textos y no su misión; **y que ella participa esencialmente de la Divinidad, por un elemento superior de su ser**, lo podemos tanto mejor, y con una inquebrantable confianza, colegir de estos testimonios implícitos por cuanto un texto célebre:

EL LOGION JOANICO ²

Esta es la perla más preciosa de Mateo.
LAGRANGE

trae a nuestras averiguaciones una confirmación pe-

1. *Christus*, pp. 712-713.

2. "El pasaje evangélico que se acaba de leer, contiene, según la opinión unánime de los exégetas, la manifestación más completa de la conciencia religiosa de Jesús que la Tradición sinóptica nos haya legado. El Salvador se sitúa en una región de la atmósfera religiosa en donde, jamás sople humano se había dejado sentir; se define El a sí mismo en términos que parecen engarzar las declaraciones cristológicas del cuarto evangelio. Así es que la afirmación en la que esta definición se halla enunciada (Matth. XI, 37=Luc. X, 22), es conocida con el nombre de "logion joánico de los sinópticos"; y desde Strauss (*Das Leben Jesu für das deutsche Volk bearbeitet*, p. 203, ss. Tübinga, 1884), hasta Norden (*Agnostos Theos. Untersuchungen zur Formengeschichte religiöser Rede*, p. 277-308, Berlin 1903), los críticos que rehusan considerar el cuarto evangelio como una fuente autorizada de las enseñanzas de Jesús, se han devanado los sesos en conjeturas para darse cuenta de su presencia en Mateo y en Lucas." Van Crombrugghe, *Le Logion Johannique des Synoptiques et la divinité de Jésus*.

rentoria, una atestación formal. Que los “Logia” no contienen cosa análoga, no asombrará a los que sepan que, según nuestros adversarios, la escena de Cesarea de Filipos, el interrogatorio en presencia del Sanedrín y los demás acontecimientos importantes que señalan el final del ministerio de Jesús—y más adelante deduciremos de ello los argumentos debidos—están reproducidos por Mateo según la relación de san Marcos.

He aquí los textos:

En este mismo tiempo, Jesús dijo aún: “Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has encubierto estas cosas a los sabios y a los prudentes, y las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, yo te bendigo por haber sido de tu agrado que fuese así. Todas las cosas me han sido dadas por mi Padre, nadie conoce al Hijo, sino el Padre, y nadie conoce al Padre, sino el Hijo, y aquél a quien el Hijo ha querido revelarlo. (Matth. XI, 25-27.)

En el mismo momento, regocijóse, bajo la acción del Espíritu Santo, y dijo: “Yo te bendigo, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has encubierto estas cosas a los sabios y a los prudentes y las has revelado a los pequeños. Sí, yo te bendigo, oh, Padre, por haber sido de tu agrado que fuese así. Todas las cosas me han sido dadas por mi Padre, y nadie sabe lo que es el Hijo, sino el Padre, y lo que es el Padre, sino el Hijo, y aquél a quien el Hijo tiene a bien revelarlo (Luc. X, 21-22).

Ahora bien, por una parte, la crítica de interpretación demuestra que Jesús, al pronunciar estas extrañas palabras, ha querido proclamar su divinidad; por otra, la crítica histórica suministra la prueba de que esta declaración pertenece verdaderamente a Jesús.

CRÍTICA DE INTERPRETACIÓN

Llegados de su expedición apostólica, los setenta y dos discípulos anuncian ¡jubilosamente al Maestro el feliz éxito obtenido. Y Cristo se llena de gozo. Porque si el misterio del reino permanece cerrado a los espí-

ritus que se complacen en sus propias luces, he aquí que los sencillos, los humildes, le comprenden. "Todas las cosas me han sido dadas por mi Padre": desde luego estas verdades comunicadas a los pequeñuelos, después, de una manera general, el poder de ejecutar los designios todos del Padre concernientes a la redención y de vencer antes a las potencias hostiles: la enfermedad, los elementos y, sobre todo, al demonio.

La razón está en que

nadie conoce al Hijo, sino el Padre,
ni nadie conoce al Padre, sino el Hijo,
y aquél a quien el Hijo tiene a bien revelarlo.

"El" Hijo, en sentido absoluto, sin determinación, opuesto al único Padre, esta sola palabra que Jesús se aplica a sí mismo, entreabre ya horizontes infinitos.

Lo propio ocurre con el paralelismo. "Los dos miembros paralelos son una fórmula oriental, cuyos términos es necesario no desgazarlos para explicarlos aisladamente. Esta fórmula expresa aquí perfecta adaptación, la reciprocidad necesaria de las dos personas puestas enfrente la una de la otra. El Padre y el Hijo son adecuados uno y otro. Son dos focos conjugados que constantemente se remiten su luz, reflejada y fuertemente acrecida." ¹

La relación que une las dos personas es; en sí misma, insondable. "Como aquellas montañas, envueltas de nubes que se han ido acumulando más y más en su falda y en sus flancos, piérdense de vista para aquellos que las contemplan desde la llanura, en tanto que sus cumbres están bañadas de resplandor en medio de las fulguraciones de un sol menos difuso y más concentrado, así el Hijo, colocado al lado del Padre, no es visible sino desde lo alto; no se le alcanza desde la tierra." ²

1. Rose, *Etudes*, p. 204.

2. Rose, p. 203.

¿Es preciso recordar que el Antiguo y el Nuevo Testamento consideran el carácter de incognoscibilidad, de inefable, como una prerrogativa divina? Añádase la compenetración intelectual recíproca del Hijo y del Padre, este doble conocimiento que el movimiento del paralelismo garantiza que es de la misma naturaleza, adecuado uno al otro, abrigándose, por decirlo así, mutuamente, y se verá claramente que todo ello implica una igualdad y por consiguiente, puesto que se trata de Dios, una consubstancialidad entre este Hijo y este Padre. M. Loisy lo confiesa: "La palabra Hijo, escribe, designa a Cristo inmortal, se puede hasta decir eterno. El conocimiento recíproco del Padre y del Hijo no está aquí presentado como una relación nacida en el tiempo y realizándose actualmente, sino que tiene el mismo el carácter suprahistórico de las aserciones análogas que uno halla en el cuarto evangelio; no expresa la preexistencia, sino que la supone."¹

Y he aquí explicados en los sinópticos estos textos clarísimos de san Juan: "Nadie ha visto jamás a Dios; el Hijo único que vive en el seno del Padre, es El el que le ha revelado" (I, 18). "Nadie ha visto al Padre, salvo aquél que ha salido de Dios" (II, 46). Y si se enlaza este texto: "Todas las cosas me han sido dadas por mi Padre", con los versículos joánicos: "Todo lo que pertenece al Padre me pertenece" (XVI, 15), "Todo lo que tengo, te pertenece, y todo lo que te pertenece, lo tengo" (XVII, 10), la expresión decisiva nos acude nuevamente a la memoria: *Pater et ego unum sumus*.²

Dalman (*Die Worte Jesu* I, p. 232), ha creído hallar, en el fondo de nuestro Logion, una parábola; y Sabatier (*Les Religions d'autorité et la Religion de l'Esprit*, p. 461, 33) y Monnier (*La Mission historique de Jesus*

1. *Les Ev. Syn.*, I, p. 909.

2. "Necesario es, por tanto, simplemente hacer constar que este texto de los sinópticos está de acuerdo con la doctrina de S. Juan acerca de la divinidad de Jesús... y asombrarse uno de los subterfugios a los que recurre la crítica no creyente para eludir esta conclusión." La-grange, *S. Luc.*, p. 308.

p. 9 s. s.), se han luego adherido a su manera de ver: así como un padre se halla en situación privilegiada para conocer perfectamente a su hijo y recíprocamente, así acontece en Dios y su Cristo.

Pero *esto no debilita nuestra conclusión dogmática*: la intimidad absoluta que existe entre las dos personas, semejante a la que existe entre un padre y su hijo, supone una afinidad de naturaleza; esta grandeza única, siendo inaccesible, debe de tener un fundamento metafísico.

Por otra parte, *no hay aquí parábola alguna*. ¿Es cierto que el padre sea el único que pueda conocer bien a su hijo, y viceversa? Jesús no ha podido fundamentarse en una idea tan poco segura. Y luego, las palabras "Padre" e "Hijo", el Padre que da todas las cosas y el Hijo que revela, no se aplican adecuadamente sino a Jahvé y a su Cristo.

M. HARNACK QUERRÍA QUE EL CONOCIMIENTO DEL PADRE CONSTITUYERA LA FILIACIÓN DIVINA; Jesús sería el Hijo porque, mejor que ningún otro, habría comprendido y revelado al mundo la paternidad de Dios. Mas el Salvador dice, sin equívoco posible, que todo poder le ha sido dado y que penetra los designios del Padre precisamente en su cualidad de Hijo; trasmutar la relación, es una arbitrariedad. Es además una pesada extravagancia, ya que si Cristo es Hijo porque conoce y revela al Padre, el paralelismo exige que Dios sea Padre porque conoce y revela al Hijo.

Debemos, pues, mantener firmemente nuestra exégesis insistiendo una vez más sobre la riqueza de su aportación al problema cristológico. Si Jesús no era sino un hombre, seguramente la inteligencia infinita del Padre no sería sola en poder comprenderle. Si no se colocaba sino en primera línea con los profetas, si aspiraba únicamente a la mesianidad, no diría que Dios no podría ser conocido sino de aquellos a quienes el

Hijo tendría a bien revelárselo, porque Dios, para manifestarse a los humanos, no espera el consentimiento previo de su Mesías. Jesús es, por lo tanto, Dios. Incomprensible como Dios, conoce como Dios, participa de los poderes todos de Dios, ocupa el mismo lugar que el Padre. Sin duda "El no pone en primer término su naturaleza, su ser metafísico. Mas nadie ignora que no alcanzamos directamente las esencias y las naturalezas. No obtenemos contacto con ellas sino por medio de las potencias. Si para una naturaleza inteligente, ser, es conocerse, conocer como Dios y poder como Dios, es ser Dios."¹

CRÍTICA DE AUTENTICIDAD

LA AUTENTICIDAD LITERARIA² de nuestro texto no podría ponerse en duda, por cuanto toda la tradición diplomática, todas las versiones antiguas la reproducen—le hallamos en Lucas lo mismo que en Mateo, dos autores independientes el uno del otro, sin más diferencia que el empleo por el primero del acusativo γινώσκει τὸν πατέρα y por parte del segundo de una paráfrasis relativa, τις ἐστὶν ὁ υἱός. Siendo este procedimiento específicamente lucaniano, como lo prueban las comparaciones (Matth. XXVI, 74, Luc. XXII, 60, Matth. XXV, 12, Luc. XXIII, 25), la causa queda resuelta.

Sin duda, la forma temporal del verbo conocer varía algunas veces en los Padres, los cuales emplean el aoristo ἔγνω. Pero, observa Van Crombrughe, "las citas patrísticas, hechas de memoria en su mayor parte, y sin gran escrúpulo de exactitud verbal, no podrían hacer mella en el testimonio concordante de la tradición diplomática y de las antiguas versiones. Además de esto, tomada, en su conjunto, estas citas son más bien favorables al texto corriente: la forma γινώσκει, como texto auténtico de Mateo, no está casi menos

1. Rose, *Etudes*, p. 206.

2. Lebreton, *o. c.* Nota D.

atestiguada que γνωῖ, como lección primitiva de Lucas; está reproducida en casi la totalidad de los testimonios. Es necesario hacer notar finalmente que las dos formas se encuentran en los mismos autores. El hecho autoriza a pensar que, para estos autores, las dos formas eran equivalentes: que ἔγνω particularmente tomaba a sus ojos el sentido, no de un aoristo histórico, sino el de un perfecto, como οἶδα y *novi*.¹

Pero, ¿tenemos ahí, verdaderamente, una palabra emanada de labios de Jesús? Este problema de AUTENTICIDAD REAL algunos, entre los cuales se cuentan Strauss y Loisy, lo resuelven negativamente.

A.) Considérese, dicen, el tono inspirado y el aire rimado del pasaje: ¿no indicaría acaso EL TRABAJO DE UN POETA CRISTIANO, HABLANDO EN NOMBRE DE CRISTO EN EL ESTILO DE LOS SALMOS Y DE LOS NEBIIM, Y QUE NOS OFRECE DE ESTE MODO UN PLAGIO DE LA ORACIÓN DEL CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO DEL ECLESIÁSTICO?—El Eclesiástico, afirma Norden, el tratado Hermético “Poimandres” y nuestro logion (estas tres piezas celebran los beneficios de la gnosis que la revelación transmite a los iniciados), dependen, por otra parte, de una fuente común, en la cual se habla de los σωτήρες orientales.

Pero, ¿qué hay de extraño en que el *tono* del Maestro se eleve aquí en acentos más subidos que de ordinario, por cuanto, en la contemplación del Padre celestial, “en esta misma hora, dice san Lucas, regocijose bajo la influencia del Espíritu Santo...” (X, 21. Cfr. los cánticos de Zacarías, de Ana, de la Virgen).

Y ¿cómo ha de haber nadie que sostenga que un discurso improvisado no se acomoda bien con el paralelis-

1. Just. Apolog. I, 63; Marcos, ap. Iren., Haeres., I, 20, 3; IV, 6, 1; Clem. Alex. Paed., I, 520, 9, 88, Strom., I, 28, 178; Protept., I, 10, 3; IV, 6, 1; Origen., Cont. Cels., II, 71; VI, 17; VII, 44; In Jo. I, 38; XIII, 24; XIX, 3; XX, 7; XXXII, 29; Athan., De Decret. Nic. syn. 12; Euseb., Demonstr. evang., IV, 3, 13; V, I, 25; Eccl. theol., I, 12; Alexand., Epist. ad Alexand., 12.

mo? Preciso fuera entonces suprimir el conjunto de los λόγια del Señor; porque no pocos siguen un ritmo de menos acentuado que el de la presente oración; y no proceden siempre, como ésta, de una inspiración profética que motiva el ritmo estrófico. (Cfr. Matth. VI, 19-23, VII, 7-8, VIII, 20, X, 24-42; Marc. IX, 41-49, X, 39-40, 42-45; Luc. VI, 39-45, XII, 22-2, XVI, 9-13, 15-18, etc.).

Y digámoslo más exactamente: NO EXISTE, PROPIAMENTE HABLANDO, PARENTESCO LITERARIO ENTRE EL SIRÁCIDA Y NUESTRO PASAJE, POR UNA PARTE Y POR OTRA, ENTRE EL SIRÁCIDA, EL LOGION JOÁNICO Y EL POIMANDRES, sino solamente cierta semejanza o reminiscencia del primero.¹

El parecido no se da sino sobre uno o dos de los términos esenciales, más bien comunes y poco característicos:

Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la Tierra.

Yo te alabaré,² Dios, mi salvación, yo te enalteceré, Dios, mi Padre.³

Además, el motivo de la alabanza difiere totalmente

1. Heinrich, *Die Hermès-Mystik und das Neue Testament*, página 171, ss.). En cuanto a Poimandres, los misterios herméticos de que habla, constituyen el objeto de una disciplina arcana, de una enseñanza reservada a los solos iniciados; la doctrina de Jesús se dirige a todos, hasta a los niños, y, de hecho, son ellos los que la aceptan. Y Cristo no tiene el mismo lenguaje que el misto hermético comisionado por su dios para transmitir la gnosis; hace constar simplemente que la economía de la salvación es lo que ella es de parte de la voluntad todopoderosa del Padre. "La parte común a los dos términos de comparación, se reduce por tanto a una acción de gracias, enderezada a Dios, quien se revela a los hombres, por la intermediación del misto, por una parte, del Hijo, por la otra. Esto dista, pero mucho, para bastar que uno pueda establecer que un evangelio cristiano, escrito en arameo, dependa literariamente de la "Mystisch-theosophische-Litteratur" del Oriente!" Van Crombrughe, o. c., p. 16. Véase también pp. 5, 6 y 15. Cfr. Lagrange, *S. Matthieu*, p. 227... "Al final del primer capítulo del Poimandres, el revelador termina con una oración... Media una muy grande distancia entre este tono y la plena seguridad del Hijo en el Evangelio. Si existe ahí dependencia, ésta será todo un hecho en punto a Poimandres. Todo este tratado pone de manifiesto al exterior el conocimiento y el empleo de materiales del Génesis. No es posible fijar su fecha antes de 150 años después de Jesucristo, lejos de ver en él con Reitzenstein una obra del siglo anterior a Jesucristo. Es esto lo que concede en la actualidad Ed. Meyer, *Der Ursprung*... II, p. 377, corrigiendo, I, p. 280 s. s."

2. Is. XII, I Dan. II, 23, Ps. IX, 2, XVIII, 50, LXXXVI, 12, CX, 1, etc.

3. Eccli. XXIII, 1, 4, Sab. XIV, 3 Is. L, XIII, 16, etc.

por parte del Salvador y por parte del Sirácida. En tanto que Jesús rinde gloria a Jahvé por haber manifestado a los humildes lo que había tenido encubierto a la sabiduría humana, éste canta su libramiento de un gran peligro.

Por consiguiente, estas palabras no han sido *entresacadas* de las del hijo de Sirach; expresan un recuerdo inconsciente, muy natural, a nuestro parecer, en el discurso espontáneo de un hombre piadoso, de un legado divino del Mesías profundamente nutrido con la lectura de las Escrituras...

B.) Hasta podemos probar directamente la autenticidad de estas palabras. Porque el logion presenta a la vez el carácter de semitismo y los aspectos doctrinales más familiares a Jesús.

El Evangelio es ahí acogido por los humildes: Cristo se complace en hacerlo constar en las bienaventuranzas, en las que exalta a los pobres de espíritu; cuando habla de la reducida grey, a la que el Padre ha dado el reino; finalmente, y al exigir de sus discípulos que sean semejantes a los pequeñuelos, si quieren, un día, formar parte de este reino.

Ahora bien, esta economía de la salvación es plenamente del agrado del Padre celestial: "Nolite timere, pusillus grex, dijo el Maestro en una ocasión, quia complacuit Patri vestro dare vobis regnum". (Luc. XII, 32.) La fórmula es rabínica: ha sido placentero ante ti, y el vocable *va* que la introduce, responde a *va* una palabra semítica.

Llevemos más adelante nuestro análisis. Sólo el Padre conoce al Hijo: así, después que Pedro confiesa al Hijo, Jesús no tarda en felicitarle por haber recibido una revelación del Padre (Matth. XVI, 15-3). Y sólo el Hijo conoce al Padre: ¿no tienen los liberales el dogma de la paternidad divina, revelado por Jesús, por la esencia del cristianismo, das Wesen des Christentums?

La invitación que sigue a las palabras “venite ad me omnes”, evoca el recuerdo de la queja conmovedora del Salvador: “Jerusalén, Jerusalén, cuántas veces he querido congrega a tus hijos, como una gallina congrega a sus polluelos al amparo de sus alas, y no lo has querido...”

Además, san Pablo ha utilizado este texto hacia el año 50 (I Cor. I, 18-III, 1); en él considera y describe la interpretación que se le daba en su tiempo: el Espíritu revela el misterio divino, escudriña todas las cosas, aún las “profunda Dei”. Los hebraísmos han desaparecido: en lugar de escribir οὕτως ἐγένετο εὐδοκία ἐπιπροσθέν σου dice: εὐδόκησεν ὁ θεός. Y si fuera menester aducir una tercera prueba de que el Apóstol no ha excavado la fuente, sino que ha bebido en ella, presentaríamos ésta: un logion de una tal originalidad y de un sello en tan alto grado particular no podría ser el resumen de especulaciones que el Apóstol desarrolla—junto con otras reflexiones—en un capítulo y medio.

—Estos testimonios implícitos y explícitos de Jesús acerca de su filiación y de su naturaleza divinas,

II

EL EVANGELIO BIOGRAFICO DE SAN MARCOS

nos los relata de una manera equivalente.

Recordemos que, desde los principios de su ministerio, Cristo provoca la atención de la muchedumbre y la atracción hacia su persona. Entabla una guerra con los demonios, una guerra sin tregua que les atormenta (Marc. I, 24,¹ Cfr. V. 5-7).² Ahora bien, es-

1. El demonio exclama: Sé quién tú eres, el Santo de Dios. “El título de Santo de Dios, que más tarde Pedro aplicará también a Jesús, era tal vez usado para designar al jefe del reino mesiánico, el Santo por excelencia, que iría al frente de un pueblo de santos: no se tienen pruebas de ello.” Huby, *Saint Marc*, p. 31.

2. “Hay aquí una concepción de todo nueva del cometido del Mesías, y no es sin razón que no es llamado el Mesías, sino el Santo de Dios.

tas victorias tienen un sentido: el reinado de Dios, dice Holtzmann, progresa a medida que Satán retrocede; a cada paso que da hacia atrás el enemigo, corresponde un avance del reino de Dios. Los judíos lo saben: el vencedor del poder infernal será el instrumento del gobierno divino, el *Mesías de Israel*; y Jesús proclama ante ellos su misión: "Si con el dedo de Dios yo lanzo los demonios, ha llegado, pues, el reino de Dios" (Lucas XI, 20).

Mas Jesús descorre también un poco el velo que les encubre su ser misterioso. Antes de anunciar que su función aquí abajo comporta un servicio (Marc. X, 45), reivindica los derechos que posee para ser obedecido. Tan alta es su dignidad, su valor personal, tan grande es su prestigio, su causa se identifica tan sobremanera con la de Dios, que considera sin inquietud, como la cosa más natural, que los Apóstoles le sacrifiquen hermanos y hermanas, padre, madre o hijos, campos y casa (X, 29). Había ya dicho al pueblo: Aquél que querrá salvar su vida, la perderá, y aquél que perderá su vida por causa de mí y del Evangelio, la salvará (VIII, 35).—¿Quién puede ser, pues, este Cristo? Léase su parábola contra la calumnia de los escribas (III, 22-30). "Nadie, dice en el versículo 27, nadie puede entrar en la casa del Fuerte y arrebatarse sus muebles, si antes no le encadena ¹ y entonces saqueará su casa" (III, 27). Jesús se presenta, pues, como *un personaje mucho más poderoso que el príncipe de los infernos*, al cual ha vencido y tiene a su merced.²

Según Is. (XXIV, 22, 35). las potencias celestiales malas debían ser encadenadas a la poste, y era sobrado natural atribuir este gran acto al Hijo del hombre después del juicio (Hen. LXIX, 27 y Testam. de los XII Patriarcas, Lev. XVIII, 12), mas ningún texto judío anterior al N. T. había considerado la carrera del Mesías como una lucha contra los espíritus del mal (contra Loisy). Hay aquí una hermosa oposición entre la Santidad, carácter primero de Jesús, y el primero de los espíritus impuros" (Lagrange, in o. c.

1. Esa era la opinión tradicional, que en el momento del reinado de Dios, los demonios serían encadenados (Is. XXIV, 22, Hen. X, 13, LII, 4, etc.).

2. "Supongámonos un hombre fuerte, armado de pies a cabeza (Luc. XI, 21), que guarda la puerta de su morada. Evidentemente no

¿Será él un ángel? Al final del discurso escatológico, Jesús dice: "En cuanto al día o a la hora, nadie lo sabe, ni los ángeles en el cielo, *ni el Hijo*, sino solamente el Padre" (XIII, 32). Se coloca, pues, al desarrollar esa gradación ascendente, por encima de las criaturas angélicas, inmediatamente después de Dios, del que se proclama el Hijo, en sentido absoluto.

San Lucas ha omitido todo el pasaje; san Mateo, que lo produce, pasa por alto sin duda intencionadamente, las tres palabras subrayadas. De donde, si Marcos las inserta, es porque tenemos ahí una palabra auténtica del Señor. Ni él ni la primera generación cristiana habrían jamás creado una dificultad, de la que los otros dos sinópticos han visto, no habrían ciertamente atribuido al Maestro una confesión de ignorancia que parece desconcertante.

Necesario es, por otra parte, confesar que *el Cristo de san Marcos obra como si se moviera dentro del plan de Dios*. Los milagros que hace, los realiza con su propia autoridad, por una virtud personal (V, 30, VIII, 22, X, 46) de la que parece disponer a su guisa (XVI, 17). Los pecados, esa deuda contraída con el Padre celestial, los remite sin invocar un poder superior, hasta sin argüir una delegación, como si negociara con sus propios deudores y por el solo motivo de manifestar su imperio (II, 1-12).¹ Sostiene también ser el Se-

habrá sino otro más fuerte que él, que pueda entrar en su casa, atarle con fuertes ligaduras y saquear sus muebles. Satán es este fuerte que ha tomado posesión de los hombres. Sólo uno más fuerte que él puede arrebatarle lo conquistado. Tal es el espectáculo, del que los Escribas son testigos: Satanás es desalojado por uno más poderoso que él. Su vencedor no puede ser sino el instrumento del poder divino. Jesús no dice más, pero esta simple comparación era bien propia para despertar las reflexiones de sus oyentes." Huby, *o. c.*

1. Jesús no niega los derechos de Dios, los reivindica para sí; y autentiza su pretensión inaudita, obrando un milagro. Sin duda, Mateo (IX, 8) nos muestra, después del prodigio, a la multitud dando gracias a Dios, que había dado un tal poder a los hombres. Solamente que no es la actitud y la interpretación de los testigos lo que nos interesa aquí—testigos poco inclinados a considerar como Dios a un ser humano—, sino la afirmación y el sentir de Jesús. Y luego, que Mateo reemplaza frecuentemente el singular por el plural. Allí donde Lucas hace decir al tentador: manda a esta piedra que se convierta en pan (IV, 8), escribe: piedras (IV, 3). "Uno de los malhechores, refiere el tercer evar

ñor del Sábado (III, 1-6, II, 23-28), se atribuye hasta el derecho de decretar a cada uno la recompensa y el castigo eternos (VIII, 38, XIII, 34). Empero dejemos ahí esos testimonios implícitos, por probatorios que sean. La parábola de los viñadores homicidas y no desagrada ello a los incrédulos, la escena famosa del Sane-drín, nos suministrarán declaraciones explícitas y formales.¹

LOS VIÑADORES HOMICIDAS

“Un hombre plantó una viña, la rodeó con una valla, excavó en ella un lagar, fabricó una torre y confió su viña a ciertos viñadores; después partió para el extranjero. En el tiempo previsto envió a los viñadores un criado, con el fin de recibir una parte de los frutos de la viña. Mas habiéndose apoderado los viñadores de él, le apalearon y le despacharon con las manos vacías. Segunda vez, les envió otro criado, y a éste le descalabraron y le ultrajaron. Envió a otro; y a éste le mataron y maltrataron también a muchos otros, hiiriéndoles y quitándoles la vida. Le quedaba alguien aún, un hijo predilecto. Lo envió también a ellos, diciendo: respetarán a mi hijo. Pero los viñadores dijéronse en-

gelista, le injuriaba. Pero el otro, reprendiéndole: ¿no temes tú a Dios?”, XXIII, 39. Por parte del antiguo publicano, los ladrones no reparaban en los insultos.—En la “Revue Biblique” (1916, p. 7 s. s.), M. Levesque alega de este procedimiento literario tal cual ejemplos típicos, algunos de los cuáles conciernen a la Resurrección y explican, por lo menos parcialmente, las divergencias que existen entre los relatos.

1. “Si uno se fija desde el principio hasta el fin, diríase que se trata de tomar parte actualmente en pro o en contra de Jesús, o mejor de alistarse uno a sus órdenes, despreciando hasta la muerte: aquellos que vacilarán, serán confundidos cuando Jesús habrá triunfado. Mas, esta perspectiva de la muerte a sufrir, muerte que no amenaza a los discípulos sino por cuanto debe alcanzar ella al Maestro, basta para transportar al mesianismo a una esfera transcendente. Evidentemente no se trata de entrar por el favor todopoderoso de Jesús en un orden nuevo creado sobre la tierra por un prodigio estrepitoso. Cada uno deberá formar resueltamente al lado de Cristo y de su doctrina, y exponerse efectivamente hasta a la muerte. La recompensa está, por lo tanto, en el más allá. No se trata del reino de Israel, sino de los destinos de cada uno, de la vida eterna que es el todo del hombre. Cuando Jesús volverá, estará ya investido de la gloria de su Padre, de la que lanzará a aquellos que le habrán rechazado.” Lagrange, in h. 1.

tre sí: Este es el heredero. Venid, matémosle y será nuestra la heredad. Y cogiéndole, le mataron, y le arrojaron fuera de la viña. ¿Qué hará el Dueño de la viña? Vendrá, y hará perecer a los viñadores, y dará la viña a otros. No habéis leído ni una vez esta Escritura: La piedra que desecharon aquellos que edificaban, vino a ser la base del ángulo. Ella es la obra del Señor y es admirable ante nuestros ojos" (Marc. XII, 1-10).

LA AUTENTICIDAD

de esta alegoría ha sido no poco combatida por Jülicher y su discípulo, M. Loisy. Si hubiéramos de creerles, LA PARÁBOLA, "escrito imaginario, tomado de los usos ordinarios de la vida y guardando una perfecta verosimilitud, para obtener de él por comparación una lección moral" sería primitiva; LA ALEGORÍA que, por el contrario, bajo el velo transparente de la figura, describe directamente el hecho real, destinada como está a ilustrarlo,¹ TENDRÍA SIEMPRE UN CARÁCTER REDACCIONAL: las primeras generaciones cristianas la habrían calcado sobre algún acontecimiento real, y luego le habrían mezclado con los dichos auténticos del Señor. Ciertamente es muy oscura, dicen esos mismos neocríticos, pero Jesús podía ciertamente esperar de sus oyentes la suficiente vivacidad de inteligencia y la buena voluntad que mueven a investigar, a hallar un sentido tan oculto y profundo.—Andando los días, M. Loisy ha concedido que "Jesús habría podido excepcionalmente predicar en alegoría;² mas el pasaje que nos ocupa, lo tiene aún por inauténtico, porque "alegoría y profecía representan la idea que la generación apostólica abrigaba acerca de la misión de Cristo: el Hijo

1. *Les Evangiles Synoptiques*, t. II, p. 318.

2. El autor permanece, sin embargo, fiel a sus principios. "La fábula es un género claro como la comparación. La alegoría es un género misterioso como la metáfora. La comparación y la fábula convienen a una enseñanza popular. La alegoría conviene a la instrucción por el libro; ejercicio de sabio y de letrado, que se dirige a lectores provistos de alguna ciencia y de alguna literatura." *Les Evangiles Synoptiques*, t. I, p. 245.

de Dios enviado por el Padre, muerto por los jefes de la nación judía y glorificado en el cielo con su resurrección. Es el tema de los discursos que se atribuyen, en el libro de los Hechos, a los primeros predicadores cristianos.”¹

1. Si Jülicher y Loisy han logrado distinguir la parábola de la alegoría² mejor que sus predecesores, exageran sin embargo *la claridad de la primera y el aire misterioso de la segunda*. Prefiriéndola al lenguaje directo, los rabinos se servían de la parábola para acomodarse al gusto oriental, ávido, como es cosa sabida, de imágenes y de comparaciones. Ahora bien, el lenguaje figurado es obscuro: por esto no es recomendado por los filósofos; y cabalmente, el mâchal semítico no presenta a la luz sino un solo punto, un punto fundamental, dejando todo lo demás en la sombra.³ Cuando tiene ella por objeto verdades sobrenaturales, inaccesibles por su naturaleza al espíritu humano, forzosamente el lado tenebroso se amplía.⁴ Por otra parte, si la alegoría exige que el oyente rehaga por sí mismo las comparaciones, de donde se han originado las metáforas que la componen, este trabajo es accesible al pueblo, con tal que la analogía entre el símbolo y la idea significada sea corriente, sencilla y clara. “Tenemos la prueba de ello en las fábulas y en los cuentos simbólicos, que alcanzaron en la Edad Media un éxito considerable entre las clases populares”.⁵

1. Ibid., p. 319.

2. Lagrange, *Revue Biblique*, 1909, p. 200. Durand, o. c., página 227, ss.

3. “La parábola, dice el P. Lagrange, tiene esta doble propiedad: grabar indeleblemente el pensamiento en el espíritu que la sabe comprender a través de la imagen de que está revestida, y velarla a las miradas del oyente distraído o perezoso, cuyo espíritu no intenta penetrar el envoltorio de las palabras.” Cfr. Godet, *Commentaire sur l'Ev. de S. Luc.*, t. I, p. 452. Tal es también el sentir de M. Fiebig (*Gleichnisreden Jesu*, p. 128), quien ha comprobado las aserciones de Jülicher.

4. “La comparación de suyo tiene de bueno la claridad, queda lo esencial, que es comprender su sentido doctrinal. Para desgajarla con precisión de la letra, en donde no se halla sino en el estado de sugestión, el oyente debería estar alerta con sus prejuicios, que fácilmente le arrastrarán lejos del pensamiento del parabolista.” Durand, o. c., p. 211.

5. Van Imschoot, *La parabole dans les Evangiles. Collationes Gandav.*, febr. 1920.

Ahora bien, esta observación parte por el eje la piedra angular del sistema liberal.

2. *No es posible, por otra parte, suprimir de los Evangelios, sin mutilarlos, todas las parábolas en donde hállanse mezclados algunos pormenores alegóricos* (Matth. V, 13-14, VII, 13, IX, 3, 38, X, 38, XVI, 18-24, XXIII, 25 et loc. parall.), *y sin querer poner en litigio esta verdad, admitida como indiscutible por los psicólogos*, a saber, que el orador, al ir desenvolviendo una parábola, puede tener el espíritu de tal manera ocupado por el segundo término de su comparación, que ya, en la descripción del primero, deje que se deslicen ciertos rasgos que no convienen sino a la idea enfocada y no al objeto con el cual se la compara. La historia de las bellas letras refuta fácilmente una tesis tan presuntuosa. Escritores del Antiguo Testamento, y, con ellos, seguidores de las escuelas rabínicas, lo mismo que autores profanos, han mezclado ambos géneros. Quintiliano, que hace constar el hecho, lo aprueba en estos términos: *Illud vero longe speciosissimum genus orationis, in quo trium permixta est gratia, similitudinis, allegoriae, translationis*" (Inst. orat. VIII, VI, 49).¹

3. Empero vengamos a los pormenores. *La historia acerca de la que estamos hablando, apenas contiene nada alegórico.* "La situación se desenvuelve, en suma, dentro de su línea propia, como si se tratara de una parábola, pero los términos son tomados de la tradición, en forma que vengan a constituir metáforas perfectas. Mientras Isaías tenía a la vista la viña, y sus frutos, Jesús pone de relieve las relaciones de los viñadores, no con la viña, sino con el propietario y con su hijo. No hay, pues, para qué insistir acerca de lo que caracteriza a la viña: la cerca, la torre, el lagar y los frutos. De suerte que la viña que puede ser arrendada

1. D. A. F. C. Fasc. XVII, Durand, *Paraboles de l'Evangile*, col. 1565. Coll. Gand., febr. 1920, art. cit. de P. Van Imschoot. Cfr. Buzy, *Introduction aux paraboles*, pp. 121, 135, 148. Lagrange, *La parabole en dehors de l'Evangile*. Rev. Biblique, 1909, pp. 198 s. s. y 343 s. s.

a los otros, no presenta a Israel en sus destinos históricos nacionales, sino únicamente como el término de una acción bienhechora de Dios. Por último, no se dice tampoco que la viña será destruída o saqueada, ni cuáles serán los nuevos viñadores".¹

4. Muchas pruebas positivas garantizan por lo demás la autenticidad de este pasaje. *Su presencia en los tres Sinópticos y su parentesco muy estrecho con el conjunto de las discusiones* que se originaron en los últimos días, entre el Maestro y sus adversarios, he ahí —y la mayor parte de los críticos, aún radicales, lo reconocen— un argumento de primer orden. Es inadmisiblemente, en efecto, que Jesús no haya dejado entrever claramente a sus enemigos la enormidad del crimen que meditaban y sus consecuencias. Y además, si nuestra parábola no era un discurso auténtico del Salvador, si provenía de los discípulos, ¿puede creerse que acabara con una *perspectiva de afrenta y de muerte*? La resurrección sería anunciada allí, en glorioso desquite, y la vocación de los gentiles aparecería descrita con más cálidos colores. Se hablaría también de la reprobación de los judíos. Pero, no. Cristo distingue entre la multitud, aún adicta, y sus jefes. La viña, que la representa más o menos directamente, no es ni culpable, ni está amenazada.² — Pasemos ahora a

LA INTERPRETACIÓN

de esta pieza auténtica. Los oyentes, lo hemos dicho, comprendieron al punto las relaciones de esta parábola con las alegorías del Nuevo Testamento; y ¿cómo no podía menos de ocurrir así? Habían sido éstas tantas veces leídas y comentadas durante las asambleas de los sábados! La que nos ocupa resume, pues, la historia de Israel, LA VIÑA AMADA, y recuerda los bene-

1. Lagrange.

2. Compárese con Act. II, 22-23, III, 15: todos los Israelitas están allí acusados de homicidio.

ficios de su Dios: LOS SIERVOS que van a reivindicar los derechos del propietario, son evidentemente los profetas maltratados y muertos por los reyes y los jefes religiosos de la nación. Elías injuriado por Jezabel, Miqueas encarcelado por Acab, Eliseo amenazado por Joram, Zacarías apedreado por orden de Joas, Jeremías apedreado por sus compatriotas en Egipto, Isaías aserrado con una sierra de madera según la tradición judía. En cuanto a PERVERSOS VIÑADORES, simbolizan a los sumos sacerdotes, a los fariseos, a los escribas, que rodean al narrador: ninguno de ellos la ha comprendido; Marcos (V, 12), Mateo (XXI, 45), Lucas (XX, 19), lo atestiguan formalmente. Bajo los rasgos de EL HEREDERO, a quien estos miserables se preparan a expulsarle de su heredad y a darle muerte fuera de su viña, se reconoce al Mesías. Su suplicio llegará a provocar la cólera divina: la viña no quedará más en manos de los jefes del pueblo de Israel.¹

Mas he ahí lo que más importa: la parábola atribuye al Hijo caracteres excepcionales: es único, comparado con los criados, es el predilecto υἱὸν ἀγαπητόν. Ahora bien, en el griego profano y en los Setenta, el adjetivo "predilecto" unido a παῖς o a υἱός, designa casi siempre un hijo único; y la lengua neotestamentaria le emplea, con mucha mayor expresión aún, en el mismo sentido que el "monógeno" de san Juan (III, 16).² Entre Jesús y los antiguos profetas, media a partir de ahí la distancia que existe entre los criados y el niño, el heredero, participante de los derechos paternos.

La dignidad mesiánica ¿podría de por sí abrir un tal abismo? "Esta dignidad habría convertido a Jesús; dice Lepin, y su respuesta a esta cuestión capital nos

1. "Podía parecer poco natural de parte de un padre humano, enviar su hijo a arrendadores que han tratado cruelmente a una serie de criados y exponer a la muerte a su único heredero. Transpuesto en la historia de la salvación, el rasgo señala la extraordinaria bondad de Dios, entregando a su Hijo a la muerte para salvar a los hombres. La inverosimilitud no hace sino que destaque mejor la benignidad del Padre celestial: Dios ha amado de tal modo al mundo que le ha dado a su Hijo único." Durand in o. c.

2. Lebreton, o. c., p. 244, n. 2.

parece decisiva, en el mayor de los profetas o en el profeta por excelencia; no habría establecido, parece, entre él y los profetas antiguos una diferencia esencial, una distinción de naturaleza, como la que existe entre meros criados y el hijo del padre de familia. El lenguaje del Salvador no se entiende bien, si Jesús no tiene conciencia de ser más que un hombre, más que un profeta; ese mismo lenguaje no se comprende, si el Salvador no mantiene con Dios relaciones, no ya sencillamente más íntimas en el mismo orden humano y creado, sino de una naturaleza superior y transcendente, o sea, relaciones de verdadero *Hijo de Dios por naturaleza*, mientras que los mayores profetas no han sido sino extranjeros y servidores" (cfr. Matth. XXII, 2).

EL INTERROGATORIO DE CAIFAS

...De nuevo, el sumo sacerdote le interrogó, y le dijo: "¿Eres tú el Cristo, el Hijo del (Dios) bendito?" Jesús dijo: "Yo lo soy. Y veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Poder (de la Majestad de Dios) y rodeado de las nubes del cielo". Entonces el sumo sacerdote rasgó sus vestiduras y dijo: "¿Qué necesidad tenemos de testigos? Habéis oído la blasfemia: ¿qué os parece?" Y todos le condenaron, declarando que había merecido la muerte (Marc. XIV, 61-64).

—M. Loisy, para combatir la

AUTENTICIDAD

de esta historia, propone una razón sorprendente. Un solo proceso, según él, habría verdaderamente tenido lugar: el que se verificó en presencia de Pilato. Ahora bien, importaba a la religión nueva, ya esparcida a través del Imperio, que su fundador no apareciera condenado por una sentencia justa de un magistrado romano; por otra parte, era cosa delicada acusar de prevaricación al procurador mismo, y no se podía, sin

embargo, negar que había pronunciado contra el Maestro la pena de muerte. ¿Qué hacer? La primera generación cristiana tuvo la idea de TRANSPORTAR DE PILATO SOBRE LOS ACUSADORES Y LOS DENUNCIADORES, adversarios del cristianismo naciente, detestados los mismos en el mundo pagano, la responsabilidad entera del juicio entablado contra Cristo: "a este fin, se habrá supuesto todo el proceso en presencia de Caifás, con la sentencia capital que el gobernador sólo habría de confirmar".¹

Empero, ¿dónde los Evangelios disculpan a Pilato, como si no hubiera tenido más que ratificar el juicio fatal? Al afirmarlo, se traspone casi insensiblemente el texto. Loisy concede, por lo demás, que los Sanedritas tuvieron una sesión privada, por la mañana, para preparar la denuncia, el concierto preliminar entre los acusadores y sus falsos testigos: es igualmente posible, dice, que Caifás haya entonces interrogado al Salvador y que le haya dejado maltratar por su servidumbre.² "Y ¿se quiere, prorrumpe el P. Lagrange, que no le haya interrogado acerca del punto sobre el que gira toda la cuestión, acerca del mesianismo? ¿O bien que la asamblea, reunida para tomar una decisión, no se haya pronunciado acerca de la culpabilidad del acusado? No se estila, entre historiadores críticos, tratar con semejante desenvoltura (fuentes de primer orden y a los benévololectores)". Por lo demás, ¿qué *inverosimilitud* la impolítica de los primeros cristianos, calumniando a los judíos a este respecto, a los judíos, sus compatriotas y antiguos correligionarios! Y ¿qué *candor* les fascinaba, para querer, en tiempo de Calígula, o bajo el imperio de Claudio o de Nerón, disculpar a un funcionario de Tiberio, a un funcionario muerto en desgracia? Con toda seguridad, la objeción es tan fútil que no merece que nos detengamos más en ella; y firmemente persuadidos y poseedores de la

1. *Evang. Synop.*, t. II, p. 610.

2. *Ibid.*, p. 599.

autenticidad del texto, podemos en el terreno de los hechos poner en claro su significado propio.

SIGNIFICACIÓN

Tres cosas se han de dilucidar aquí: las palabras de Jesús, la cuestión y la actitud del pontífice y la sentencia promulgada.

Si Jesús declara sin ambages, a la luz del sol, que El es el Mesías, da también a entender que su carácter mesiánico está muy por encima en muy alto grado de las concepciones populares: se halla investido de un cometido divino. Desde luego, describe una visión: sentado a la diestra de Dios (ἡ δὴν αμι = Jahvé), vedle ahí que se levanta y se presenta en medio de las nubes del cielo. Ello es una alusión a la célebre profecía daniélica (VII, 13), pero un elemento nuevo la enriquece. Daniel había hablado de tronos, sin decir si el Hijo del hombre se sentaría en ellos.¹ Jesús lo afirma; y, de un golpe se coloca en el mismo rango que la divinidad, porque el sentarse a la diestra del padre, según el testimonio de las lenguas orientales, pertenece sólo al hijo y al heredero legítimo. Ahora bien, Cristo es el Hijo de Dios. Para reforzar sus palabras, emplea el mismo salmo por el que, dos días antes, resolvía la controversia acerca de la filiación davídica. Sus interlocutores, siendo los mismos, sacerdotes y escribas, no pueden, pues, menos de comprenderlo, tanto más cuanto que este recuerdo reaviva en ellos, viñadores homicidas,

1. Lagrange, in o. c. "En Daniel VII, 9, se hablaba de tronos, antes de la aparición misteriosa de aquel que es "como un Hijo de hombre" y era una cuestión que se planteaba entre los Judíos la de saber si—estando destinado uno de esos tronos para Dios—estaba algún otro reservado al Mesías para sentarse al lado de él. Sábese que R. Aquiba no vaciló en responder afirmativamente. Pero José el Galileo le responde con dureza: "Aquiba, ¿hasta cuándo profanarás tú la gloria?" El término "veréis" no significa siempre "veréis con vuestros ojos" (cfr. Dt. XXVIII, 10, Is. XI, VIII, 11, Is. t. XXXVIII, 49)... Seguro de cuanto Dios le reserva, Jesús da cita a sus jueces, no les pone en presencia del tribunal de Dios, mas les declara que serán obligados a reconocer su gloria y su rango único al lado mismo de Dios." Lagrange, *L'Avenement du Fils de l'Homme*. Rev. Biblique, oct. 1906, p. 571.

el escozor de las verdades amargas con que han sido acribillados. Por lo mismo que no quieren actualmente reconocer al Mesías, se verán constreñidos a confesarle un día, cuando le verán en su gloria.

Caifás interroga, sin duda, como lo refiere san Lucas: "dinos si tú eres el Cristo"—y, después que Jesús ha hablado de su gloria, añade el mismo Caifás: "¿tú eres, pues, el Hijo de Dios?"¹ Coléricos, respirando venganza, sus sacerdotes habíanle evidentemente referido las discusiones de los últimos días. Se puede creer, por lo tanto, que quiere darse perfecta cuenta de las pretensiones mesiánicas de Jesús tal como acababan de ser emitidas por él, y que sus adheridos comprendían y se complacían en sostener. De otro modo, ¿habría el pontífice escogido, para llevar adelante sus investigaciones, un título que los Rabinos no daban jamás al Mesías, y que se hallaba, en una forma atenuada y a modo de imitación del Ps. II, 7, en la sola literatura apocalíptica? Si, por una parte, este título es mucho más que una aposición a la palabra: Cristo,² por otra, la acusación de blasfemia que estalla a su aceptación prueba que no se trata en modo alguno de una filiación adoptiva, sino real, porque los Hijos de Dios en el sentido amplio eran numerosos en Israel.³

1. "Cuando menos podríase suponer que tomó el título de Mesías sin reivindicar en favor suyo la cualidad de Hijo de Dios. Preciso era, por lo tanto, desde luego, preguntar al acusado si tomaba el título de Mesías. Jesús responde afirmativamente, y en forma de dar a comprender que este Mesías debe sentarse en el solio de Dios, en la misma jerarquía que él. Ello era, dentro de las ideas de los Rabinos, una profanación formal de su gloria, lo era el decirse igual a Dios. La cuestión siguiente del sumo sacerdote no podía ser: ¿Tú eres, pues, Dios?, lo que hubiera parecido una blasfemia, sino ésta, empleando una expresión mitigada: ¿Tú eres, por lo tanto, el Hijo de Dios?

Ahora bien, sabíase ya, por la primera respuesta, que este término no podía ser ya interpretado benignamente en el sentido de un hombre caro a Dios. Al punto que Jesús ha respondido afirmativamente, su causa queda comprendida. Es difícil admitir que Lucas, sin otra fuente que Marcos, haya restituído de por sí mismo un orden tan verosímil. La verosimilitud es aquí una garantía de lo verdadero. Lucas sigue la tradición más exacta; los otros se lo han propuesto." Lagrange, art. citado.

2. Por no nombrar a Dios, Caifás pronuncia: Hijo del Bendito, siguiendo la analogía de la fórmula ordinaria: "el santo, bendito sea".

3. "¿Dónde, pues, está la blasfemia de Jesús cuando pretende este título? Ello está, según Holtzmann, en que, en su situación miserable,

La SENTENCIA que, finalmente, corona el drama, viene a corroborar más y más nuestras conclusiones. No, el Sanedrín no considera a la verdad a Jesús como un Mesías ordinario. En este caso, habríale demandado, como a Bar-Koziba y a Teudas, alguna señal maravillosa y, de no darse el signo o fenómeno esperado, habría castigado al falso profeta con la pena debida a los revolucionarios. Nada de ello ocurre aquí. Con nuestras de santa cólera, Caifás cumple el rito que la ley prescribe al sumo sacerdote cuando se blasfema en su presencia, ase la parte superior de sus vestiduras y las rasga. En nombre del principio religioso que enuncia el Levítico (XXIV, 16): "aquél que blasfemaré el nombre de Jahvé, será castigado de muerte", los jueces declaran que Jesús merece la pena capital.

"Un día, escribe el abate Fremont, para hacerme perfectamente cargo de la razón por la cual la Sinagoga había condenado a Jesús, fui a visitar a algunos rabinos de París. Me acogieron con entera benevolencia y cortesía. Y todos me *repetieron* que sus padres del Sanedrín de Jerusalén habían debido condenar a Jesús de Nazaret, porque en vez de libertar a su pueblo, como el Mesías verdadero debía hacerlo, había ido en su camino hasta llegar a violar el monoteísmo teológico y legal, declarándose Hijo de Dios y usurpando de ese modo la majestad divina". El autor de los "Deicides", Cohen, y Weil, cuya obra "Le Judaisme, ses dogmes, sa mission", es clásica en los consistorios judíos, comparten este parecer.¹

Estas relaciones íntimas, transcendentales de Cristo con Dios, que establecen la biografía de Marcos y los Logia, constan también en las fuentes especiales, en las que

decirse el Mesías es ultrajar a la nación, y hasta blasfemar de Dios. La razón es insuficiente, porque los rabinos, por lo menos en la época siguiente, admitieron muy bien que el Mesías llevara desde luego una existencia obscura (cfr. *Le Messianisme...* 21 ss.) y Jesús, ayer rodeado de una multitud que le aclamaba, podía de nuevo ser impuesto en el trono por el favor popular." Lagrange.

1. *Lettres à l'abbé Loisy*, pp. 26, 19, 29.

san Lucas y nuestro Mateo griego se habrían, dicese, documentado. Mas, por lo mismo que la teología liberal no les concede un valor igual, vamos solamente a indicar alguno de estos testimonios, sin pararnos en la defensa de la autenticidad de los textos.

III

LAS FUENTES ESPECIALES

Comentemos brevemente la respuesta de Jesús dada a los cariñosos reproches de su madre, la historia de la mujer pecadora, las palabras pronunciadas por Pedro en Cesarea, así como también ciertas descripciones del juicio final.

LA RESPUESTA A MARÍA¹

“Hijo mío, dícele María a Jesús en el Templo, después de tres días de haberle perdido: ¿por qué te has portado así con nosotros? Tu padre y yo te buscábamos completamente afligidos. Y él respondiósles: ¿Cómo es que me buscabais? No sabíais que es menester que me ocupe en las cosas de mi Padre.² Mas ellos no comprendieron lo que él decía”³ (Luc. II, 48-50).

Si Jesús no precisa nada de una manera huma-

1. Consúltese acerca del valor documental del Evangelio de la infancia, la obra conocida del Padre Durand y los comentarios ya citados.

2. Según el sentir de los Padres..., Jesús responde sonriendo que se debía en verdad contar con hallarle en las cosas de su Padre... La palabra parece menos profunda, pero conviene mejor a un hijo. Lo que por otra parte importa más, es que Jesús nombra Dios a su Padre en un sentido especial, oponiendo esta paternidad a la que se le atribuía comúnmente. El hijo supone que sus padres conocían estas relaciones misteriosas. Sabiendo quién es mi Padre, ¿no sabíais dónde me debíais encontrar?” Lagrange, in o. c.

3. “Tal vez, sin embargo, Lucas no habría escrito esta frase, si no hubiera recogido la expresión de boca de María. En el momento en que la Madre de Jesús traía a la memoria de los primeros cristianos los recuerdos que había ella conservado en su corazón, podía perfectamente decir que, en aquellos primeros y venturosos tiempos, no había ella comprendido todo lo que llevaban consigo la naturaleza y la misión de su Hijo. ¿Por qué había debido separarse de ellos para estar en las cosas de su Padre? Primer dolor impuesto a la Madre, que presagiaba otros por cierto.” Lagrange, in o. c.

na o racionalmente inteligible, como el último versículo del texto lo prueba, sienta, sin embargo, como un hecho, por una singular antítesis, que es más que un hijo de hombre, que es verdaderamente el Hijo de Dios. Y no en el sentido metafórico; porque la filiación divina adoptiva ¿excusa a un niño de extraviarse en el camino y de haber dejado a sus padres para mejor entregarse a los negocios celestiales o para detenerse en el Templo? Mientras que, en desquite una filiación transcendente explica que todo lo que hace el Hijo de Dios o lo que le acontece, debe ser reconocido conforme a la voluntad de lo alto. El verbo griego *δεῖ* = oportet, lo insinúa vigorosamente; consigna la necesidad ineludible que se impone a José y a María (Cfr. Matth. XVI, 21, XXVI, 34, Marc. VIII, 31, Luc. IV, 43, IX, 32, XVII, 25, XXII, 37, XXIV, 7, 44).

LA HISTORIA DE LA PECADORA

“Una mujer que llevaba en la ciudad una vida des-
arreglada habiendo sabido que (Jesús) se había sentado
a la mesa en la casa de un fariseo, llevó un vaso de
alabastro lleno de perfume; y estando detrás de él, a sus
pies, arrasada en llanto, comenzó a regarlos con sus
lágrimas y a enjugarlos con los cabellos, y los besaba
y ungía de perfume... Y Jesús, volviéndose hacia la
mujer, dijo a Simón: ...yo te lo declaro, sus numero-
sos pecados le son perdonados, porque ha amado mu-
cho... Después dijo a la mujer: tus pecados te son per-
donados. Y los convidados empezaron a decir entre sí:
¿Qué hombre es éste que llega hasta a perdonar los pe-
cados? Y Jesús dijo a la mujer: Tu fe te ha salvado;
vete en paz” (Luc. VI, 36-50).

El humilde y religioso profeta de Nazaret no in-
voca para con la pecadora un poder que le habría sido
dado; *se atribuye personalmente una prerrogativa di-
vina*, la de remitir las ofensas hechas a Dios mismo, y
se sirve de ella.

Llega hasta a substituirse al Padre celestial. Las relaciones que el hombre mantiene con él son capaces de transformar un pecador en un justo, así como la indiferencia o la hostilidad para con él conducen al alma derechamente a los castigos eternos (Matth. VII, 24-37, X, 15-32-33).

LA CONFESIÓN DE CESAREA

Si se estudia el texto célebre de san Mateo XVI, 16, ya citado en otro lugar,¹ y más completo que el de los otros Sinópticos—sin duda porque “engloba” dos aclamaciones diferentes—, uno se convence de que Pedro ha debido descubrir en Jesús *la filiación divina* en el sentido absoluto. Testigo de las comparaciones establecidas por el Maestro entre su persona y los mayores personajes conocidos; oyente admirado de las substituciones que había osado hacer de sí mismo con Jahvé, legislador y juez; teniendo ante los ojos una emocionante eflorescencia de milagros, en los oídos las fórmulas inauditas de perdón tantas veces otorgado a los pecadores; siendo uno de los Apóstoles que se preguntaban poco antes con estupor, quién era el hombre que mandaba a la mar y a los vientos, o que caídos de hinojos a los pies de Cristo caminando sobre las olas, exclamaban: ¡Tú eres verdaderamente el hijo de Dios! Pedro sabía ciertamente desde cierto tiempo que Jesús era el Mesías, y la confesión de su convencimiento, común al colegio apostólico, no hubiera merecido tantos elogios. Para ello, no le era menester la luz de lo alto. Ahora bien, el Salvador declara que este conocimiento no proviene de trabajo psicológico alguno—dentro de la concepción judía, la carne y la sangre son los dos elementos que constituyen la naturaleza humana—sino de una gran revelación. No hay ahí nada de un entusiasmo nacionalista o de una exaltación apocalíptica; es una fe religiosa la que allí estalla, una fe que ve en Jesús,

1. *La Iglesia de Jesús.*

de una manera implícita tal vez pero segura, lo que Jesús tenía consciencia de ser y lo que se esforzaba en revelar: ¹ el propio hijo de Dios.

EL JUICIO

Según la concepción recibida comúnmente en el judaísmo, el juicio pertenece a Dios. El Mesías no aparece jamás como juez, salvo en el libro de las parábolas de Enoch, pero en donde no aparece como único juez del juicio universal; en todos los demás libros Dios es el juez, este derecho se lo reserva celosamente: del propio modo que ha creado solo y sin intermediario, así también juzgará solo y sin intermediario.

En estas condiciones, es muy digno de ser consignado que el Evangelio atribuye el juicio a Cristo.² "...Señor, ¿no habrá sino un pequeño número de elegidos?... El les responde: Esforzaos por entrar por la puerta estrecha... Porque muchos, yo os lo digo, querrán entrar y no podrán. Cuando el padre de familia se habrá levantado y habrá cerrado la puerta, si estáis afuera, y empezáis a llamar, diciendo: ¡Señor, Señor, ábrenos!, él responderá: No sé de donde sois. Entonces diréis: Hemos comido y bebido delante de ti, y tú diste tus enseñanzas en nuestras plazas públicas. Y él os responderá: Yo os lo digo, no sé de donde sois, apartaos de mí, vosotros todos, artífices de iniquidad. Entonces empezará el llanto y el rechinar de los dientes, cuando veréis a ¡Abrahán, Isaac y Jacob y a todos los profetas,

1. Lebreton, o. c., p. 231.

2. Lebreton, o. c., pp. 238-239. "Ciertos críticos no quieren reconocerle sino un cometido de testigo privilegiado, que atestiguaría en presencia de su Padre la actitud de los hombres a su respecto, les confesaría por suyos o los negaría; los pasajes en donde aparece como juez no serían sino glosas redaccionales, imputables a S. Mateo. Esta hipótesis es insostenible: movería a borrar no solamente en S. Mateo, sino en los tres sinópticos, todas aquellas parábolas convergentes que comparan el segundo advenimiento del Hijo a la venida de un ladrón, al retorno inopinado de un dueño de casa, a un golpe de red echado sobre el mundo; es el mismo Maestro quien ahora advierte a sus discípulos, y quien, en el día supremo, vendrá como un juez a sorprenderles."

en el reino de Dios, y que vosotros seréis arrojados fuera." (Luc., XIII, 23-28.)

Este cuadro corresponde a este otro de Marcos, XIII, 26-27: "Se verá al Hijo del hombre venir en las nubes con mucho poder y gloria.¹ Y entonces enviará a los ángeles, y reunirá a sus elegidos de los cuatro vientos..." Aquí la comunidad celestial se compone aún de aquellos que en el versículo 23 han sido elegidos por Cristo. En Mateo él reúne todas las naciones y las coloca a la derecha o a la izquierda, según la misericordia o la dureza que hubieren tenido con respecto a los discípulos (Matth., XXV, 31-46.)

Así, pues, bien sea que consultemos las FUENTES ESPECIALES, cuya aportación los hipercríticos pretenden discernir en el Evangelio, o que nuestras miradas se fijen en los DOCUMENTOS MÁS ANTIGUOS que, según ellos, lo componen: los Logia y la biografía de Marcos, siempre y de todos modos, **en sus acciones o con sus palabras Cristo reivindica para sí poderes y privilegios divinos.** Las tres realidades santas e inviolables, de las que los judíos se enorgullecían, desde hacía siglos: La Ley, el Templo y Jahvé, hemos visto ya cómo El las considera y las trata.

En el Templo, procede como si fuera el Señor y el Maestro; predice el abandono y la ruina del mismo Templo. La interpretación que da de la Ley no es la tradicional; los Escribas reconocen encolerizados que ella contradice a la suya. En cuanto a Jahvé, Jesús se proclama su Hijo en sentido absoluto, y manifiesta formalmente que participa de la naturaleza divina. ²

• * * *

1. "El advenimiento del Hijo del hombre está descrito en los términos de la célebre visión de Daniel, salvo que la aparición no es más "como de un hijo de hombre", que permanecería asaz enigmática: Jesús ha arrancado el velo misterioso que envolvía al personaje contemplado por Daniel. Es El quien aparecerá en medio de gran poderío y gloria." Huby, *Ev. selon S. Marc.*, p. 313.

2. Cfr. *Ons Geloof*, 1922 y 1924, los art. de M. Bellon.

TENEMOS, PUES, LA PRUEBA, LA PRUEBA POSITIVA, DE QUE LA CRISTOLOGIA DE LAS PRIMERAS COMUNIDADES CRISTIANAS NO LES VIENE EN SU FONDO NI DEL ENTUSIASMO, NI DEL TRABAJO ESPECULATIVO, NI DE LA INFLUENCIA QUE SAN PABLO HAYA PODIDO TENER SOBRE ELLAS: ES JESUS, EL MISMO JESUS, QUIEN LO HA ENSEÑADO A SUS OYENTES, Y LOS APOSTOLES NO HAN HECHO MAS QUE TRANSMITIRLA Y COMENTARLA FIELMENTE

Mas este testimonio de Cristo merece que se le estudie bajo todos sus aspectos. Sometámosle al examen de nuestra humilde razón.

CAPITULO TERCERO

Las Garantías de mi Razón

El problema no está del todo resuelto aún en toda la línea. Por una parte, queda por probar que hasta los documentos más antiguos no sufrieron retoques tendenciosos, y que nada, en las acciones o en las palabras de Cristo consignadas más arriba, nada irroga un feo a las excelencias que los mismos atribuyen; y por otro lado, después de haber inquirido por qué caminos Jesús ha podido alcanzar la certeza de que era Dios, deberemos, para concluir, determinar el exacto valor de su testimonio.

I

LA HISTORICIDAD DE LOS TEXTOS

Raros son los críticos que han concebido algunas dudas acerca de

LA PUREZA DE LAS FUENTES ORIGINALES

que hemos consultado.

I.) 1. Hablando en rigor, un FALSARIO habría podido mezclar entre la colección de los Logia una u otra declaración cristológica, y he aquí por qué hemos comprobado con esmero la autenticidad de cada una. Pero ¿podía solamente retocar, por ejemplo, los textos tan numerosos en los que Jesús distingue de una manera tan marcada su filiación divina y la nuestra? Supongámoslo contra toda verosimilitud: ¿hubiera indicado al componer sus sentencias y sus discursos, esos matices

que pasan por alto al hombre vulgar y cuyo alcance sólo los espíritus sutiles y finos llegan a percibir?

2. No se invoque tampoco, para explicar el fenómeno, un hábil procedimiento de escritor: este fenómeno *es común a las cuatro fuentes*, de donde los adversarios hacen derivar los Sinópticos, a los Logia que hemos citado, a Marcos (XI, 25; VIII, 38; VIII, 32), a los "Quellen" especiales de Lucas (II, 49; VII, 32) y de Mateo (V, 16; VI, 8; VII, 50; XV, 13; XVI, 17; XVIII, 10, 35; XX, 23; XXVI, 29, 39, 42, 53).

II. Reconozcamos antes bien que tenemos ahí LAS PALABRAS AUTÉNTICAS DEL MAESTRO, que encajan excelentemente con la historia evangélica entera. So pena de negarla, de asignar a estas páginas sublimes un inventor más asombroso que el héroe que ellas describen, se debe confesar que Cristo mandaba a los demonios, cuando sobre todo pretendían descubrir a los hombres el secreto de su personalidad transcendental (Marc., I, 24-25; III, 11-12. Los ángeles se ponían a su servicio (Matth., 26-27). Aceptaba los homenajes específicamente religiosos (Matth., XIV, 38; Marc., V, 6) y lo hemos indicado ya de paso, exigía para con él mismo un tal respeto y un tal amor que el deber filial o el interés particular eran sacrificados (Matth., X, 12-42; XX, 28; Marc., 29-30). Perdonaba también los pecados, alguna vez sin otro motivo que la viva afección del pecador a su persona (Marc., II, 1-12, Luc., VII, 47). Llegaba hasta reglamentar la observancia de la Ley—esta ley que Israel había casi divinizado, y a la cual no pocos afectaban creer que Dios mismo se sometía (Matth., V, 21-22, 27-38, 43-44).¹

Ahora bien, tal manera de hablar y de obrar supone

¹ Los Judíos se representaban a Jahvé diciendo su oración cotidiana, purificándose después de haber sepultado a Moisés, etc. Cfr. Lebreton, o. c.

e implica en el Mesías poderes, privilegios y atributos verdaderamente divinos; *equivale a la confesión implícita de su divinidad.*

Siempre, so pena de suprimir el Evangelio, es necesario reconocerlo: el odio de los Fariseos y de los Escribas se desenvuelve a medida que las declaraciones de Cristo ganan en precisión, *la evolución de ese odio se explica sobre todo por la progresión de aquellas precisiones.* Después de la curación del paralítico, con gran sorpresa e indignación exclaman: “¡Blasfema! ¿Quién puede remitir los pecados? Dios solo” (Marc. II, 7, Matth. IX, 3). Más adelante, cuando Jesús afirma que es Señor del Sábado, conspirarán para perderle (Marc. III, 6, Matth. VII, 14, Luc. VI, 11) y él deberá alejarse un momento (Matth. VII, 15). Al día siguiente de la confesión de Cesarea, la lucha vuelve a comenzar (Matth. XVI, 16-19). La controversia en el Templo y la expulsión de los mercaderes la exasperan (Matth. XXI) y se convertirá en furiosa y frenética, después que la alegoría de los viñadores homicidas (Marc. XII, 1-12, Matth. 33-46) y el comentario del salmo CX habrán manifestado claramente las pretensiones del Salvador a la dignidad de Hijo de Dios. La lucha llega a su colmo, cuando Jesús pronuncia en presencia del Sanedrín lo que se ha justamente llamado la palabra decisiva (Matth. XXVI, 63-66, Luc. XX, 70-71). Ya hemos explicado el significado de esta palabra. Ahora bien, el pueblo no la ha comprendido de otra suerte que el tribunal de los Sanedritas: “Si Dios le ama, que le libre ahora; porque él ha dicho; yo soy el Hijo de Dios” (Matth. XXVII, 43); y se conservó como un eco de esta insultante mofa en la frase célebre de Abbahu (Thaanith, 65b): “Si alguien dice: yo soy Dios, miente; si dice: yo soy el Hijo del Hombre, se arrepentirá; o bien: me remontaré al cielo, lo promete, pero no lo hará”.

A vista de todo lo cual, los principales defensores de la teología liberal deben confesar que a los ojos de

Marcos, de Mateo y de Lucas, Jesús no es solamente el Mesías del pueblo judío, sino el Hijo eterno de Dios, de una esencia igual a aquel que conoce y propone san Juan, aunque no le den tanto relieve. Esta convicción, lo repetiremos una vez más, la han bebido en todas sus fuentes; aun en aquellas que no pueden, siendo como son tan antiguas, reflejan el trabajo de idealización progresiva que invocan los adversarios y cuya inexistencia hemos demostrado en otra parte.

Después de todo lo cual, sin duda, se puede negar que Jesucristo sea Dios; es cuestión de fe. Pero

Negar que El se haya llamado Dios es imposible

pues es una cuestión de buena fe. El hecho material de Jesucristo que se manifiesta Dios, está atestiguado por todos, por aquellos que le han blasfemado como por aquellos que le han adorado. Nada hay que en mejores cimientos descansa, que esté mejor consignado en la historia. Hasta se da ahí una evidencia que falta en las vidas de Alejandro y de César, por no citar sino las más conocidas entre los hombres, porque estos conquistadores no han tenido apenas sino partidarios o compatriotas para referirnos sus conversaciones, mientras que las palabras de Jesucristo nos han sido transmitidas, casi inmediatamente, por amigos y enemigos.

Se puede, es verdad, negar que Jesucristo sea Dios; es una cuestión de fe, no lo ignoramos; pero, sin embargo, le es permitido al apologista abarcar la cuestión y resolverla, más de cerca, sentando ya de buen principio que

NADA EN EL EVANGELIO CONTRADICE NUESTROS TEXTOS

Algunos pasajes parecen con todo desfavorecer un

tanto las pretensiones inauditas de Jesús, porque hacen sospechar, a primera vista, bien de su poder, bien de su ciencia, o de su bondad. Hemos hablado ya de los del primer grupo. Hemos igualmente citado el pasaje en el que EL MAESTRO CONFIESA NO CONOCER LA FECHA DEL JUICIO, pero preciso es aún interpretarlo desde el punto de vista que nos ocupa.

El conocimiento que el Hijo de Dios tenía de su Padre (Matth. XI, 27; Luc. X, 21-22), ¿no excluye *a priori* la hipótesis de que Cristo haya podido ignorar una cosa de semejante importancia? *Y la descripción precisa que hace del cataclismo final* refuerza nuestra convicción acerca de este punto (Marc. XII, Matth. XXIV-XXV, Luc. XXI, 5-36). Entonces, ¿qué puede significar adecuadamente aquella palabra restrictiva? Si se tiene en cuenta que el término de Padre indica a Dios como inaccesible, oculto (Joan I, 18), y comunicándose con los hombres por medio del Hijo, se dirá simplemente con verosimilitud que Jesús no sabe estas cosas con ciencia comunicable;¹ o sea, no es oficio del Hijo el comunicarlo (cfr. Act. I, 7).

1. "Esta solución, escribe el P. Lagrange, no da una plena luz al análisis racional; lo que permanece en plena evidencia es asimismo lo que nos es más útil, la certeza de que el secreto no será revelado, y que debemos siempre estar preparados." La respuesta teológica satisface mejor al espíritu: en relación con ciertos objetos, la ignorancia puede ser en Jesús, en su humanidad, la consecuencia de un renunciamiento voluntario. Cfr. Lebreton, *o. c.*, pp. 447-469, y Huby, *in oc. c.* — Para comprender en qué sentido el Hijo podía atribuir al Padre solo el secreto del último día, preciso es considerar en cuán alto grado en el Evangelio Jesús gusta de recordar su dependencia con relación a su Padre, con qué infinita complacencia el Hijo recibe todo del Padre, cómo el Padre le comunica todo con un amor inefable. Cuando durante su ministerio, discípulos o gente ajena apelan a su poder y a su bondad, Jesús, en más de un encuentro, les invita a remontarse hasta el Padre, fuente de todo poder y de todo bien. Así reserva al Padre disponer las plazas en el Reino de los cielos, no que el Hijo no posea este mismo poder—el Padre le ha todo entregado, el juicio y la recompensa (In., V, 22; MT., XXV, 31-46)—, mas esta repartición no forma actualmente parte de su misión de Cristo vivo y que predica sobre la tierra. "No me pertenece el daros la derecha o la izquierda en mi Reino; sino que estos puestos son de aquellos para quienes mi Padre les tiene preparados (MT., XX, 23)." Y del mismo modo en lo que se refiere a la fin del mundo, Jesús remite al Padre como a la fuente de toda ciencia, no que el Hijo, aun considerado en su naturaleza humana ignore el día del juicio—el Padre le ha confiado todos sus secretos—, sino que ni los Angeles en sus relaciones con nuestro planeta, ni el Hijo en su vida terrestre, han recibido la misión de dar a conocer a los hombres la data del último día.

“Otros exégetas hacen observar que el texto responde a la demanda de los Apóstoles: “Dinos cuando esto llegará y qué signos anunciarán que las cosas deben cumplirse?” (v. 4). Jesús les habría negado, sencillamente, la explicación. En materia de señales, nadie sabe algo con relación a las mismas. No las habrá; la parousia tendrá lugar en el momento fijado por Dios, de una manera a la vez imprevista e imprevisible. El final de la frase: nisi Pater, εἰ μὴ Πατήρ, constituye una negación reforzada y no simplemente una excepción de la regla: nadie lo sabe por previsión, Dios lo sabe por disposición.

En cuanto a la PERFECCIÓN DE CRISTO, se alega en disfavor alguna que otra vez la respuesta al joven rico que deseaba la vida eterna. “¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno, sino Dios solo” (Marc. X, 18, Matth. XIX, 17, Luc. XVIII, 19). Pero no hay ahí, no obstante, sino una interrogación, y nada por cierto prueba en ella que Jesús decline el homenaje que se le dirige. Habla según la idea que tiene de él este adolescente: “Tú me tomas por un simple mortal, por un rabbi, y la bondad de que doy muestra para con los niños, a pesar de la oposición de los discípulos (Marc. X, 13-16), te hace esperar que mi ideal se alcanza en condiciones fáciles. Has de saber que mis exigencias, por el contrario, son grandes; escucha... Vete, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres... Luego ven y sígueme”. Al mismo tiempo, el Maestro saca partido de aquella ocasión para glorificar a Dios, sin compararse con él; porque *la cuestión de su propia naturaleza no se plantea allí.*¹

No hay manera, por tanto, de entresacar de este

1. “El joven ese ha llamado a Jesús “Maestro”; Jesús habla, pues, como lo haría todo otro hombre, así como responde muy frecuentemente acomodándose al pensamiento de sus interlocutores. Y no ha dicho: si no es mi Padre, porque no ha querido revelarse a aquel joven. Ha querido enseñarle a prescindir de toda lisonja y aproximarle a Dios.” La-grange, in *o. c.* El sabio exégeta agrega en su comentario sobre S. Mateo, loc. par.: “La ironía de los críticos contra esta interpretación tradicional, aunque bajo formas variadas, no empece el que ella no sea sólida.”

pasaje conclusión alguna, ni en pro ni en contra del dogma cristológico.

Y así vemos que subsiste en pie la invicta, la constante afirmación, sin igual, en la historia del mundo, el testimonio que Jesús da en presencia de sus hermanos, los hombres, acerca de su filiación y hasta acerca de su naturaleza divinas.

—¿Cómo dudar, pues?

II

LA AUTORIDAD DEL TESTIMONIO

A.

LA CONCIENCIA MESIÁNICA Y FILIAL DE JESÚS

I. Penetrados del *respeto* que hasta la incredulidad profesa a Jesús, dejamos a un lado la hipótesis de un ENGAÑO. No, no ha podido mentir él, que fustigaba con sus reproches a los hipócritas, cuyas palabras y cuyos actos de los cuales no estaban en correspondencia con los sentimientos íntimos (Matth. XXIII, 27-28); él, cuyo corazón noble y recto hallaba el juramento superfluo entre los discípulos: en tan alto grado la lealtad, la confianza recíproca deben informar sus relaciones (Matth. V, 34-37); él, de alma tan humilde, enamorada de una efusiva benevolencia y abnegación, a quien la ocasión propicia de alcanzar la realeza no pudo tentar jamás.

Y lo que es más, “ha dicho que era Dios, sabiendo que moriría de mano de los judíos, cuya ley inexorable castigaba con pena de muerte a los usurpadores de la divina majestad. En aquellos últimos momentos de una tribulación sin nombre, cuando los ultrajes, los golpes,

los escarnios, los látigos, le martirizaron, y cuando el afrentoso suplicio estaba a las puertas, ¿qué interés tenía él en repetirlo todavía? ¿Qué interés iba a sentir en mostrarse Dios sin serlo? ¿Qué interés iba a buscar en ser impostor, cuando el mismo Mahoma no querrá serlo? ¿Qué interés tendría en entrar con una mentira impía y vana en el otro mundo, donde iba a encontrarse cara a cara con el Eterno? Jamás había dado muestras ni remotamente, de ambición terrestre, en su vida oculta; no había aspirado más a los honores que a la gloria. Había venido para volver a levantar lo caído, para purificar, aliviar y consolar. Había sido compasivo. Próximo a desaparecer, ¿iba, pues, a engañar miserablemente a aquellos a quienes había amado, a jugar con su credulidad, con su dolor, con su sensible esperanza, anegándoles repetidamente, más y más, en un equívoco que, indigno de Dios, no lo sería menos de un hombre probo? Con mayor aplomo que nunca, y en circunstancias tan excepcionales, Jesucristo declara que él es Dios, Hijo de Dios, igual a Dios; y no es Pedro, que será su vicario, es Caifás su verdugo; quien exclama: “¿Qué necesidad tenemos de otro testimonio?” La causa, en efecto quedaba fallada por los siglos de los siglos, y para todo el género humano.¹

II. Queda otra hipótesis por ventilar, la ILUSIÓN.² Mas, ¿a qué exceso no nos conduciría! Considerar a los profetas como los siervos de su Padre y los suyos propios; colocarse por encima de Jonás, de Salomón, de David y aún de los ángeles, elevarse tan alto hasta llegar a tener parte en aquella soledad o encumbriamiento de Dios “que la teología judía declaraba infranqueable e inviolable, en torno de la cual hacía la guardia severamente y casi celosamente”, he aquí, por cierto, para un carpintero pueblerino, los síntomas de la locura. Que un iletrado agite en sus ensueños la re-

1. De Lacombe, art. citado.

2. Marc. III, 21.

fundición espiritual, por decirlo así, de la humanidad; que un impotente y un fracasado evoque su venida sobre las nubes del cielo en la consumación de los tiempos, entre las legiones angélicas, con el fin de juzgar al género humano entero, a buenos y malos—¡oh! esto haría sonreír si, a la vista de un patíbulo, el corazón no se encogiera de piedad. El mismo Renán no insinúa sino muy cautelosamente la alucinación de Cristo, su mórbida exaltación mística; ha sido preciso llegar a estos últimos años para dar de golpe, y no sin asombro, en la pluma o en boca de un Julio Soury, de un von Loosten, de un Ramussen, de un Binet-Sanglé, con la blasfemia brutal: Jesús era un loco vulgar, al cual hubiera debido aplicarse el tratamiento que se reserva a los alienados...

Empero el profesor católico Felipe Kneib, el pastor protestante Wernle, el médico racionalista H. Schaefer han demostrado, en nombre de los *psiquiatras*, la perfecta salud moral del Salvador. Escudriñado por la ciencia y practicado por el amor, veinte siglos ha, su pensamiento acerca de Dios, acerca de la dignidad humana, acerca del ideal de las costumbres, comienza apenas a ser comprendido; y bien lejos de haber sido jamás sobrepujado, esclarece los principales sistemas filosóficos, la civilización se mueve sobre su trama, cada uno de nosotros, dice Renán, le es deudor de lo que tiene de mejor en sí propio. ¿Puede, pues, sostenerse este *sacrilego empeño* afirmando que este pensamiento haya brotado y brillado de la manera más constante entre las zonas enfermas de un cerebro anormal? No, mil veces no; todos los alienistas competentes lo reconocen: si ciertos locos o semi-locos, como un Nietzsche y Augusto Comte, no han carecido de genio, este genio no se ha manifestado sino en las horas y en la medida en que su mentalidad estuvo sana. Ahora bien, esta influencia de Cristo, una influencia tan considerable, con el intenso movimiento de almas que ella ha provocado, con la Iglesia, esta obra grandiosa que le debe su fun-